

Selección



CURTIS GARLAND

LA MADRUGADA DE DOLAN


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CURTIS GARLAND

LA MADRUGADA DE DOLAN

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 377
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 8.504 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

¿Dónde termina la vida? ¿Dónde empieza la muerte? ¿Qué hay o puede haber en su intervalo, en el límite que separa lo uno de lo otro?

Las preguntas no tienen respuesta. Porque quienes podrían darlas, no volverán nunca sus pasos atrás. Ellos ya están más allá de esos límites. Lo que encontraron, sólo ellos lo conocen.

Nadie estuvo más cerca que Barnaby Dolan de poder dar una, una sola de esas terribles y obsesivas respuestas que el hombre se hace desde el principio del tiempo. Pero...

CAPITULO PRIMERO

Recibí la misiva aquel lunes triste, lluvioso y aburrido en que Londres, desde nuestro ventanal asomado a la breve y solitaria calle Caxton y a las nuevas oficinas en construcción de las instalaciones de New Scotland Yard, parecía más gris, feo y sombrío que nunca.

—¿De quién es la carta, querido? —me preguntó Sharon inmediatamente, cuando la tomé de la bandeja de plata que me tendía nuestro fiel George.

Agité el sobre en mi mano, con aire aburrido e indiferente.

—Tiene un membrete de una firma de abogados —dije, encogiéndome de hombros—. Algún asunto legal sin importancia, estoy seguro.

—¿Qué abogados exactamente? —insistió Sharon.

Era una de las virtudes de mi amada esposa. Meterse en todo hasta no ignorar detalle, le importase el asunto o no. A fin de cuentas era de lo único que se preocupaba en este mundo. Saber cosas de los demás. Escudriñando todo. Le sobraba tiempo para ello. Aparte de eso, no creo que hiciera nunca gran cosa, ni en casa ni fuera de ella.

—Aquí pone Taylor & Taylor, de Leeds.

—¿Leeds? Eso está muy lejos.

—No mucho —comenté con sarcasmo—. Existe algo llamado avión que reduce las distancias considerablemente, querida.

—Muy ingenioso —replicó con irritación, enarcando sus rubias cejas—. ¿Esperas que tu chiste me haga reír?

—Sería un milagro —bostecé.

—¿Qué decías? —indagó con rapidez.

—No, no, nada —eludí ágilmente, rasgando el sobre con el abrecartas—. Me preguntaba qué diablos querrá de nosotros un abogado de Leeds.

—¿Va a tu nombre?

—Sí. Exactamente al mío. Solamente para «el señor Jeffrey Dolan».

Ella sabía lo que significaba ese «solamente». Era habitual en nuestra correspondencia encontrar como destinatario los inevitables «señor y señora Dolan». Para algo ella era quien era. Sharon Dolan, de soltera Sharon Wingate. Toda una dama de la alta sociedad londinense. Sin una libra, como corresponde a todo buen espécimen social. Pero llena de presunción, altanería y orgullo. Yo, en cambio, había ganado mi dinero a pulso, gracias a mis trabajos en el Museo Británico y en otros organismos científicos y culturales, viajando y estudiando, practicando arqueología y analizando los descubrimientos más recientes y destacados en el terreno de la investigación histórica y étnica de los pueblos.

Y había cometido el gran error de casarme.

Nunca supe de qué modo, Sharon me envolvió en sus atractivos físicos —que debo reconocer eran considerables y abundantes, sobre todo abundantes en cuestión de volumen y proporciones—, y con su astucia de mujer

seductora y ambiciosa me convirtió en su rendido admirador, logrando que fuese al fin su marido. Sólo entonces me permitió convivir con ella sexualmente. Y aunque hay que admitir que la experiencia no era decepcionante ni mucho menos, porque Sharon poseía una capacidad amorosa realmente increíble, poco a poco algo en el matrimonio se había ido deteriorando lastimosamente.

Yo pensé en el divorcio como el mejor y más discreto camino para terminar con una situación tensa y poco afectiva ya. Pero Sharon, entre otras cosas, era una católica convencida, y no hubo modo de convencerla de ninguna manera. Insistió en la indisolubilidad del matrimonio y todas esas cosas que los religiosos se obstinan en imponer, de grado o por fuerza, a sus fieles, y mi idea se fue al garete.

No es que yo sea un hereje ni nada por el estilo. Tampoco soy protestante, anglicano ni nada de nada. Sencillamente, soy un escéptico en ciertas materias, tal vez porque he estudiado demasiadas religiones a lo largo de mi vida profesional como investigador, para creer profundamente en ninguna. Acepto que la idea de un Dios creador ha estado siempre, de un modo u otro, presente en el devenir de los pueblos, y que yo admito y hasta creo esa idea de un Dios único, sea fuerza, materia o hálito intangible. Pero todo lo demás lo miro con recelo. Y leo la Biblia como un perfecto exégeta, admitiendo de ella lo que de revelador tiene sobre el origen y el curso de la especie humana en nuestro planeta.

Pero seguía atado a Sharon. Y, lo que era peor, sin amor por parte de ella ni por parte mía. Éramos una de tantas parejas que languidecen y mueren en el mundo sin la chispa deslumbrante de la felicidad o, simplemente, de la mutua atracción. En suma, un aburrimiento más, dentro de un Londres aburrido y gris. Así veía yo mi vida, dentro y fuera de los muros de nuestra casa.

Para Sharon esa situación no parecía particularmente molesta. Tenía lujos, vestidos elegantes y nada que hacer en todo el día, lo cual era una de sus mayores debilidades. Debía de haber nacido millonaria, pero ése no era el caso ni mucho menos. Y yo, que tampoco he sido millonario jamás, le podía dar una vida cómoda, pero no suntuosa. Tal vez por ello, en el fondo, me despreciaba. Decía a veces que mi vida era un fracaso, a mis veintinueve años, pese al prestigio adquirido.

Debería haberme enfadado con ella y haberme sentido lleno de complejos. Pero Sharon ni siquiera lograba ya irritarme, lo cual es lo peor que puede sucederle a alguien con su pareja. Y nunca he sabido lo que es un complejo, por otro lado.

Abrí la carta de Taylor & Taylor, de Leeds, convencido de que me encontraría con algún asunto trivial, motivado por cualquier circunstancia de tipo legal en relación con mis trabajos últimos para una Sociedad de Estudios Históricos, radicada no lejos de Leeds, en York si mi memoria no me era infiel, de lo cual nunca podía sentirme demasiado seguro.

Pero el asunto no era nada trivial, ni mucho menos.
Leí, asombrado:

«Señor Dolan:

»Como abogados de su tío, Barnaby Dolan, nos permitimos informarle con esta fecha que, dado lo grave de su estado actual, diagnosticado como irreversible a causa de un tumor cerebral, su presencia en Leeds, en la propiedad del señor Dolan, se hace indispensable, si realmente desea heredar su parte de la fortuna de su tío.

»Yo, Randolph Taylor júnior, albacea testamentario de Barnaby Dolan, puedo anticiparle que, según voluntad expresa del testador, todos los parientes que heredarán a su muerte habrán de estar "obligatoriamente" presentes en el momento de su óbito, para tener derecho a su parte de la herencia. En caso de ausencia, por el motivo que sea, de entre los muros de su propiedad, ese heredero quedará automáticamente descalificado, diga lo que diga el testamento al ser abierto, y no recibirá un solo penique.

»Lo cual me permito recordarle aquí, con carácter urgente, habida cuenta de que la vida de su tío no se prolongará demasiado, y es de la máxima necesidad que se presente usted aquí en el plazo más breve posible, si de verdad desea asistir a los últimos momentos de su tío y, por ende, percibir aquella parte de la herencia a que tiene derecho.

»Suyo atentamente,

«Randolph Taylor jr., abogado.

»P. D. — No demore el viaje. Puede sobrevenir la muerte en cualquier momento. Avíseme telefónicamente en cuanto tome su decisión.»

Di a leer la carta, tras un silencio reflexivo, a mi esposa Sharon. Ella la examinó en silencio. Sus mejillas enrojecieron súbitamente. Alzó los ojos. Me miró con excitación evidente.

—¿Este es tu tío de Leeds, el que decías que es tan rico? —preguntó.

—Sí —afirmé lentamente.

—¿Cómo de rico? —insistió, en su afán de saberlo todo.

—No sé —sacudí la cabeza—. Nunca se lo pregunté. Supongo que pasa de los tres millones de libras. Es lo que dice la gente.

—¡Tres millones! —Sharon se puso en pie de un salto—. ¿Ya qué esperas para telefonear a ese abogado, hombre de Dios? ¡La carta lleva sello de urgencia!

—Ya lo noté —suspiré, acercándome al teléfono—. ¿De veras quieres que vaya?

—¿Cómo? Dirás si quiero que «vayamos», querido. Los dos.

—¿Por qué tú? —me extrañé^—. Nunca conociste a tío Barnaby...

—Soy sobrina suya también, aunque sólo sea por mi matrimonio contigo. ¿Y si se le ocurrió legarme algo? Mi obligación moral es estar allí cuando ocurra.

—Ya —me encogí de hombros—. Está bien. Prepara todo. Saldremos de viaje mañana.

—¿Mañana? —casi gritó—. ¡Ni pensarlo, querido! Saldremos hoy mismo.

—No creo que sea tan apremiante...

—Puede serlo. Un tumor cerebral es capaz de matar a un hombre fuerte en pocas horas. Tal vez a estas horas ya esté muerto, y eso beneficie a los demás...

Era encantador su desinterés por las cosas materiales, pensé descolgando el teléfono. Marqué el prefijo de Leeds y el número que figuraba en el membrete de la carta. Pregunté por Randolf Taylor júnior, pero me dijeron que estaba ausente. Me identifiqué. En el acto, la vez se hizo más suave y servicial:

—Oh, el señor Dolan... Sí, entiendo. ¿Recibió nuestra carta?

—Exacto. Hace sólo unos minutos. ¿Sabe cómo está mi tío?

—Gravísimo. Puede fallecer en cualquier momento.

—¿Hospitalizado en alguna parte?

—No, no. Se negó a ello. Tiene dispuesto morir en su finca de las afueras de Leeds, una vieja casa victoriana por la que sintió siempre especial cariño: Dolan Manor...

—Comprendo. ¿Debemos ir inmediatamente?

—Creo que mi primo Randolph le envió un telegrama hoy mismo. Póngase en camino si le es posible, señor Dolan. Yo le iré a recibir al aeropuerto o a la estación, según elija usted el medio de transporte. Le llevaré luego a Dolan Manor. Hay médicos con él, una enfermera de día y otra de noche... No le falta nada allí, pero tampoco le servirá ya de gran cosa. Desgraciadamente, nada ni nadie puede salvar ya a su tío.

—Entiendo. Gracias por todo. Saldremos inmediatamente. Le telefonearé. Si hay pasaje aéreo saldremos por avión. Si no, tomaremos el coche o un tren para allá.

—Espero su llamada, señor Dolan. Apresúrese, por favor. No queda mucho tiempo...

Colgué. Sharon parecía prepararse para ir a un teatro o de excursión de fin de semana, en vez de acudir a una visita tan ingrata como aquélla. Me miró con ojos relucientes.

—Partimos, ¿no? —preguntó inútilmente.

—Sí, partimos. Espera que llame a la agencia de viajes. Si no hay vuelo inmediato elegiremos el primer tren. Si no, queda el recurso del coche. Veremos...

Se arregló con un vuelo a Manchester. Desde allí, un coche nos conduciría fácilmente a Leeds. Era el medio más rápido de llegar. Esa misma tarde

estaríamos en Dolan Manor, si todo iba bien.

El socio de Randolph Taylor aprobó los detalles. Me esperaría en el propio Manchester con su coche, para llevarnos directamente a la finca de mi tío, que estaba antes de llegar a la ciudad de Leeds, a sólo tres o cuatro millas de la urbe. Cuando salimos hacia el aeropuerto todo mi equipaje era un maletín con otro traje y unas pocas prendas más. Sharon, en cambio, llevaba dos maletas. En una de ellas, incluso, un vestido negro. Era una mujer previsora.

—Sigo pensando que sería mejor que te quedaras en Londres esperándome —argüí todavía camino ya del aeropuerto— Tío Barnaby no tuvo por qué pensar en ti al hacer testamento. Tal vez ni siquiera te recuerda...

—No digas tonterías. Iré. Es posible que reciba una buena parte de esa herencia. Y además, si he de asistir a un funeral, creo que es lo más justo.

El funeral. Eso es lo que le atraía. Eso y la idea de recibir dinero, claro. Era feliz asistiendo a enfermedades, fallecimientos y todo eso. Maldije entre dientes pero no discutí con ella. Por experiencia sabía que era algo perfectamente inútil.

Así empezó todo. Así iniciamos el viaje hacia el lugar donde agonizaba mi tío Barnaby, aquel lluvioso, triste y oscuro día. Un lunes sombrío y plomizo que jamás olvidaría.

Hubo motivos para ello. Graves y estremecedores motivos.

CAPITULO II

Jerome Taylor, primo y socio de Randolph Taylor júnior en el bufete de Leeds, era un hombre pequeño, afable, pelirrojo y vivaracho, que nos recibió cordialmente en Manchester y nos llevó a Leeds por una carretera mojada por la persistente lluvia, bajo unas fuertes y aisladas rachas de aire frío y húmedo que agitaban las copas de los árboles a ambos lados del camino.

No se iba a quedar en la mansión, dijo precipitadamente, en respuesta a una pregunta mía. Parecía tener mucho que hacer en su oficina de Leeds. O muy pocas ganas de permanecer entre las paredes de la finca de mi tío.

—Allí está Randolph ahora, tal y como deseó siempre su tío —me explicó solícitamente—. El se ocupará de todos los detalles de la herencia, como albacea que es.

—¿Tan poco esperan que dure mi tío?

—Sí, desde luego. Es lamentable, pero... según el doctor Bryce, el especialista llegado de Londres, no existe posibilidad alguna de que pase de hoy. Su situación es crítica.

—¿Está inconsciente? —indagué.

—Ocasionalmente. No siempre. No está en coma profundo, si se refiere a eso. De vez en cuando abre sus ojos, mira a todos y trata de hablar, aunque dificultosamente. Pero en realidad su actividad cerebral es mínima. El tumor está muy avanzado y le dificulta toda función mental. Los encefalogramas son cada vez más planos, evidente prueba de que su vida se agota por momentos. Clínicamente está a punto de dársele por muerto, si es que no lo está ya...

—Entiendo —miré a los árboles, hoscamente agitados por el aire nocturno, y a las ráfagas de lluvia que barrían la carretera y el parabrisas del coche del abogado—. Va a ser una mala noche la que nos espera...

—Sí, evidentemente lo será. Su tío es físicamente muy fuerte. Resistirá hasta el límite, estoy seguro.

Yo también lo estaba. Era la tercera vez que iba a ver a tío Barnaby, si es que aún vivía. Las dos anteriores distaban años desde este momento actual. Le conocí cuando tenía solamente once años, y no volví a verle hasta una ocasión, cuando yo me graduaba, doce años más tarde. Desde entonces nunca me preocupé demasiado por la vida y actividades de mi tío Barnaby, hombre solitario y hermético donde los haya. Rara vez tuvo contacto con su familia. Vivía solo, aislado, y no escribía habitualmente a nadie de su sangre, ni para bien ni para mal.

Y ahora, en el momento de su marcha de este mundo, se había acordado de todos. Al menos se había acordado de mí. Y eso que éramos prácticamente dos desconocidos.

Sabía que su salud fue siempre de hierro, que físicamente era un atleta, incluso a su edad actual, frisando los sesenta y cinco años. Sólo algo así como un tumor o un repentino fallo cardíaco podrían terminar con el viejo coloso.

El origen de su fortuna fue siempre un misterio para mí. Y tenía entendido que también para los demás. Los Dolan nunca hemos sido gente rica. El, en cambio, lo era. Y a nadie explicó de qué modo llegó a serlo. Supongo que ahora eso les importaba poco a todos los parientes. Lo que contaba era su dinero, y ése era seguro que lo tenía. Como buitres íbamos todos presurosos a la noticia de su agonía, para aguardar el momento oportuno de obtener la carroña. Casi sentí asco de mí mismo.

El automóvil de Jerome Taylor llegó a su destino. El mismo nos lo indicó:

—Miren. Allí es. Esa es la casa de Barnaby Dolan.

Miramos Sharon y yo. Ella no sé lo que sentiría. Yo noté una sacudida helada que recorrió mi espinazo como un calambre.

Los faros del vehículo habían alumbrado fugazmente la fachada de una típica mansión victoriana, solitaria en medio de la oscura campiña. La tarde se convertía pronto en noche cuanto más al norte de Inglaterra se viajaba. El retraso del vuelo, motivado por el mal tiempo reinante, unido a la marcha en coche entre Manchester y Leeds, nos había llevado allí cuando ya oscurecía.

A la claridad de los faros la casa era realmente espectral. Como el escenario gótico de una novela de terror. Torreones altos, balconadas, cornisas y salientes, vidrios emplomados... Piedra gris, con enredaderas manchando de oscuro algunas zonas de la edificación, y la mancha luminosa de tres ventanas encendidas, como ojos misteriosos abiertos a la noche.

—No me gusta —oí murmurar a mi mujer, que se pegó instintivamente a mí—. No me gusta nada.

Creo que se había estremecido, igual que yo. Sus manos estaban heladas al aferrar las mías. La miré. —No debiste venir —le recordé.

—Tonterías. Es una casa grande y fea, eso es todo. Tal vez sea que también la presencia de la muerte se intuye en lugares así con mucha más fuerza. De todos modos, sé que debía venir, y basta. No vuelvas a reprochármelo, Jeff.

No comenté nada. A Taylor parecía gustarle la casa tan poco como a nosotros. Y no se recató de manifestarlo. Le vi consultar nervioso su reloj de pulsera. Luego manifestó roncamente:

—Les dejaré y partiré sin detenerme ni un momento. Se me está haciendo muy tarde, y mañana tengo muchas cosas que hacer...

No quise discutirle su decisión. Era muy dueño de hacer lo que le pareciese. Y estaba seguro de que si le comentaba que parecía tener miedo, iba a negarlo rotundamente. Aunque no me convenciera con ello lo más mínimo.

El coche penetró en una especie de jardín amplio, de altos setos bien cortados, cuyas puertas enrejadas aparecían abiertas de par en par, invitando a entrar al visitante sin más obstáculos. Sin embargo, la mansión no parecía invitadora en absoluto.

Llegamos a un claro semicircular, frente a la puerta amplia y pesada del edificio, y el coche se detuvo bajo la lluvia, haciendo sonar su claxon de

modo insistente. En la casa no hubo la menor señal de vida.

—De no ser por esas luces, se diría que no hay nadie dentro —comentó Sharon, acurrucada aún contra mí.

—Por el contrario, creo que habrá bastante gente... —rió nuestro conductor con cierto nerviosismo, volviendo a presionar el claxon—. Ningún pariente renunciaría con facilidad a una fortuna como la de Barnaby Dolan.

—¿Es tan rico? —naturalmente, era Sharon quien hacía la pregunta.

—Mucho, sí. Mi primo le ha hablado de una suma considerable. Van a ser todos ustedes muy ricos cuando él muera, se lo aseguro.

Sharon lanzó un suspiro de satisfacción, como dándose por complacida de tantas cosas, a cambio de esa dorada posibilidad apuntada por el abogado. Abrí la portezuela y pisé el suelo de grava. Llovía con bastante fuerza. Abrí el paraguas para proteger con él a Sharon.

—Espero que nos abran pronto —comenté.

Parecía como si me hubieran escuchado. El portón se abrió. Asomó un hombre, recortado por la cruda luz del vestíbulo, que dibujó una larga tira amarilla en el claro.

—¿Quién es? —indagó una voz brusca.

—Soy Jerome Taylor, el primo del abogado Randolph Taylor —respondió el conductor del coche—. Vengo desde Manchester con dos viajeros.

—¿De quiénes se trata? —quiso saber el hombre.

—De Jeffrey Dolan y su esposa. Son sobrinos del señor Dolan.

—Oh, lo sé. Son los únicos que faltaban ya. Vengan, de prisa. ¿Traen equipaje?

—Sí, está dentro—asintió Taylor—. Yo les ayudaré...

—Yo también —añadió el otro, cubriéndose con un sombrero de lona al pisar el exterior. Nos miró, escudriñador. —Era un hombre alto y fornido—. Soy Jasper Yates, el jardinero del señor Dolan. Actúo de mayordomo, porque la doncella, la señorita Hobson, está ayudando a la enfermera en sus tareas... Sean bien venidos, señores.

—Gracias. ¿Cómo está mi tío? —me interesé.

—Muy mal, señor —explicó Yates, cargando con dos maletas, las de mi mujer, mientras yo tomaba de manos de Jerome Taylor la mía—. Se muere por momentos. Los médicos aseguran que no verá el nuevo día, por fuerte que sea su naturaleza...

No dije nada. Le seguimos al interior de la finca. Pese a su vejez victoriana, pesada y sombría, resultó incluso acogedora, dado lo inclemente de la noche. Taylor se apresuró a tendernos su mano, apenas nos dejó en el vestíbulo.

—Disculpen si no me quedo más tiempo —se excusó—. Tengo mucha prisa.

—¿No va a ver a su primo?

—No, no. Llevo el tiempo muy justo, créame. Ya nos veremos cuando todo esto haya terminado, señor Dolan. Es un placer haberles conocido. Y

deseo que todo transcurra lo más llevaderamente posible... Buenas noches a todos.

—Buenas noches, señor Taylor —respondió el jardinero tristemente—. Aunque no creo que lo sean en absoluto para nosotros...

El coche de Jerome Taylor partió con rapidez, como si algo le espoleara a alejarse cuanto antes de aquella casa. La luz de los faros se perdió en la lluvia, y Yates cerró el portón, asegurándolo con un pesado cerrojo.

—Síganme, por favor —invitó, señalando la escalera—. Les llevaré a sus habitaciones. Luego pueden bajar para reunirse con los demás. Avisaré al señor Taylor para que les atienda. El es, en cierto modo, el anfitrión de esta noche aquí, aunque ajeno a la familia, dada su condición de albacea, si bien le ayuda en las tareas la señorita Dolan, la hermana del pobre señor.

—¿Sybil Dolan? —sonreí con aire lúgubre—. Vaya, ella tampoco faltó a la cita... Era lógico suponerlo.

Subimos la amplia escalinata hacia la planta alta. Recordé que las luces que se veían desde el exterior eran de esa planta precisamente.

—¿Qué habitaciones son las que se ven desde el exterior con luz?

—Las del señor —explicó el jardinero—. Allí agoniza... rodeado de aparatos tales como encefalógrafo, cardiógrafo, oxígeno y todo cuanto puede necesitar un enfermo. Los médicos y la enfermera no dejan de vigilarle un instante, como si estuviese en el más seguro de los hospitales. Pero todos sabemos que es inútil. Nadie puede salvarle ya...

En el piso alto estaban las habitaciones de todos los invitados, ocupando un ala del edificio. El otro ala estaba destinada totalmente al paciente, al dueño de la casa, y la instalación de aquella especie de unidad de vigilancia intensiva improvisada en el caserón victoriano. Yates nos explicó eso mientras colocaba nuestras maletas y nos indicaba que se serviría una cena fría a las ocho, puesto que habían tomado un frugal lunch a las cinco, y todo estaba dispuesto para ir sirviendo café o té durante toda la noche y la madrugada, con emparedados o pastas, si lo preferían cuantos velasen al paciente.

—¿Alguien piensa dormir mientras tío Barnaby agoniza? —me interesé.

—Es posible —admitió Yates, encogiéndose de hombros.

—¿No afecta eso a la herencia?

—Según el señor Taylor, no. Lo imprescindible es que, en el momento de morir, los herederos estén «dentro» de estos muros y no fuera. El simple hecho de hallarse en el jardín, pongamos por caso, invalidaría totalmente al heredero infractor.

—Es curioso —comenté.

—¿Curioso? —Yates sacudió la cabeza con un suspiro—. Todo lo del señor fue siempre muy curioso. Creo que cada decisión que tomaba, era siempre inflexible. Jamás rectificaba o se volvía atrás por nada.

—Sí, eso tengo entendido —asentí, peinándome distraídamente ante un espejo, para volverme luego a Sharon e indicarle—: Vamos abajo, a ver al

abogado. Después de todo, ha de ser él quien dé fe de la presencia de los parientes en la casa.

—¿Así, sin arreglarme siquiera...? —protestó la mujer, contrariada.

—Tendrás tiempo luego de hacer lo que se te antoje —gruñí—. Ahora vamos abajo, y no se hable más. A menos que prefieras quedarte tú sola aquí, arreglándote...

—No, no —se apresuró a rechazar ella—. Te acompaño, Jeff.

Sonreí disimuladamente, abandonando la amplia estancia con camas gemelas que nos destinara Yates en su labor de improvisado mayordomo, dotada igualmente de antesala y cuarto de aseo. Avancé por el corredor, sintiendo a Sharon pegada a mis talones.

Me detuve un momento ante la amplia puerta vidriera de color caramelo, emplomada, que cerraba el acceso al otro ala del edificio. Vi sombras moviéndose tras ella, en medio de una claridad dorada, suave.

—Los médicos y la enfermera, señor —me explicó Yates, servicial—. Siempre están ahí, todos juntos o turnándose. La señorita Hobson, la doncella, les ayuda cuanto puede. Hizo unos cursos de enfermera, y eso sirve ahora de algo... ¿Desea entrar ahora, o prefiere antes ver al señor Taylor y a sus parientes todos, reunidos en el salón-biblioteca de abajo?

—Primero veré a los demás. Luego subiré a ver a tío Barnaby —decidí, tras una nueva indecisión—. Mientras pueda verle con vida...

—Hace veinte minutos, el doctor Bryce, especialista en enfermedades cerebrales que le asiste, afirmó que, cuando menos, aún tiene vida para algunas horas. No muchas, pero posiblemente hasta bien avanzada la madrugada, señor. No creo que lo que ha de suceder irremisiblemente, suceda ya.

—Confiemos en que acierten. La madrugada... —suspiré, moviendo la cabeza—. Va a ser larga y penosa, estoy seguro...

Yates afirmó con la cabeza, sin decir palabra. Bajamos a la biblioteca.

Era una sala amplísima, con los muros cubiertos de estanterías repletas de libros. Aunque la casa tenía calefacción, un fuego ardía alegremente en la vieja chimenea, recordando antiguos tiempos. De no ser por la indumentaria de las gentes que lo ocupaban, y que volvieron sin excepción la cabeza al oírnos entrar, hubiese jurado que había cruzado el túnel del tiempo, como el personaje de La Plaza de Berkeley, para encontrarme en otra época, entre gente que eran sólo fantasmas polvorientos y no seres humanos, llenos de vida.

Pero, naturalmente, era sólo una fugaz impresión, porque cuantos me rodeaban ahora, eran gente de pleno siglo XX, tan poco acordes con aquel escenario como yo mismo o como Sharon.

Conté con rapidez. Eran siete las personas allí presentes. Siete, incluido el albacea testamentario de tío Barnaby. Por tanto, los seis herederos posibles que yo conocía estaban allí. Sólo que yo era el sexto de ellos. Así que sobraba uno. ¿Quién de ellos no encajaba en mis cálculos? Que yo supiera, no había

ningún otro pariente vivo.

Y sin embargo, allí, además de Randolph Taylor, el hombre alto, fornido y vestido enteramente de gris, que venía hacia mí con su mano extendida y una sonrisa de circunstancias en su rostro anguloso, había seis herederos. Y además, Sharon y yo. Las cuentas no salían. Uno estaba de más. ¿Cuál de ellos?

—Seguro que se trata del señor Jeffrey Dolan, ¿no es cierto? —me estrechó cordialmente la mano el abogado.

—Jeff para los amigos —asentí—. Ella es mi esposa, Sharon Dolan.

—A sus pies, señora —se inclinó ante ella, cortés—. Yo soy Randolph Taylor, abogado de su tío y albacea de su testamento. Creo que conocerá a todos los presentes...

—A todos... menos a uno —confesé francamente, mirando al grupo con expresión curiosa—. Buenas noches a todos.

—Hola, primo Jeff —me saludó en primer lugar Clark Renwick, sobrino también de tío Barnaby, que había ido a la cita en el caserón de Leeds con su padre, Howard Renwick, cuñado viudo de Barnaby. Jenny, su mujer, hermana de tío Barnaby, había muerto más de diez años atrás. Los Renwick, que yo supiera, nunca se llevaron bien con tío Barnaby. Pero ¿alguien se había llevado realmente bien con él alguna vez?

—Hola, Clark —respondí vagamente, y fijé la mirada en todos y cada uno de los presentes.

Además de Howard y su hijo Clark, estaba allí Sybil Dolan la hermana de Barnaby Dolan, dura como un pedernal y hermosa como un diamante bien tallado, casi con la misma frialdad de la gema.

Luego vi a Abigail Dolan, la hijastra de Barnaby, reconocida cuando se casó con su madre, de la que enviudó pronto. Y a Walter Me Vane, un hijo ilegítimo de Barnaby, tenido con un ama de llaves suya, a quien jamás reconoció como propio, aunque era su vivo retrato y ello constituía la mejor prueba de que Walter era hijo del viejo, quisiera él o no. Ver a Walter ahora, era como contemplar las fotografías de Barnaby treinta años atrás. Eso le enfurecía, sin duda. Pero si Taylor le había citado allí, es porque también le mencionaba en su testamento.

Ellos completaban el número de herederos legales. Me quedé mirando fijamente al sexto personaje, a quien no lograba relacionar con los Dolan en modo alguno. Me sentí perplejo.

Era una mujer.

La más bonita y joven mujer de todas cuantas se hallaban allí presentes en este momento. Pero totalmente desconocida para mí.

—Os conozco a todos —dije lentamente—. Me alegra veros, tía Sybil, Howard, Clark, prima Abigail, primo Walter... Pero usted... ¿quién es, señorita?

Ella me miró. Tenía los ojos verdes y profundos. Era joven, muy joven. Rubia, con una jovial cola dorada que le caía sobre un hombro. No tendría

más de veintidós años. Poseía un encanto peculiar, un atractivo físico indudable, pero también algo más, mucho menos tangible y concreto, que emanaba de su joven y vital personalidad.

—No puedes conocerme, Jeff —sonrió tristemente—. Mi nombre es Enid Forrester. Y no pertenezco en absoluto a la familia Dolan.

—¿Entonces...? —enarqué las cejas, contemplándola absorto.

Ella respondió suavemente, en medio del profundo silencio que ahora reinaba en la biblioteca:

—Soy Enid Forrester, como te he dicho. Y el abogado Taylor me ha citado aquí, para que no falte en el momento de morir Barnaby Dolan.

—Eso lo entiendo. De otro modo, no estarías aquí. Pero ¿por qué se supone que tío Barnaby te menciona en su testamento? ¿Cuál es, exactamente, tu relación con él, si es que ello no constituye un secreto?

La sonrisa de Enid fue melancólica. Yo estaba seguro de que podía sonreír de otro modo muy distinto, llegado el caso. Pero algo, en las actuales circunstancias, no la dejaba. Había tristeza en su rostro, en lo más profundo de sus verdes ojos, lo advertí apenas la vi ante mí.

—Durante tiempo ha sido realmente un secreto —murmuró lentamente—. Ahora ya no tiene por qué serlo, puesto que Barnaby Dolan está muriendo en esas habitaciones de arriba...

Hizo una pausa. Observé que todos los presentes, del mismo modo que yo, estaban pendientes de sus palabras. Y eso que, sin duda, ellos conocían ya la razón de su presencia allí. Aun así, era posible que los motivos de Enid Forrester para no estar ausente en el último instante de la vida de mi tío, tuvieran suficiente interés por sí solos como para atraer la atención de los demás miembros de la familia Dolan.

Ella concluyó ahora, con tono suave, como midiendo sus palabras de modo parsimonioso y cuidado:

—Barnaby Dolan estaba enamorado de mí. Iba a ser su mujer.

No me desmayé de puro milagro. Y porque un hombre no debe llegar a tales extremos nunca. Pero creo que todo me dio vueltas, y hasta la imagen bonita, joven y atractiva de la bella desconocida, se distorsionó ante mí, como si en vez de ojos tuviese un objetivo fotográfico cambiando de lente, hasta pasar a una visión de «ojo de pez», y luego una panorámica curva, que se emborronaba hasta desenfocarse.

—Cielos... —me oí decir a mí mismo—. No es posible...

Todo volvió lentamente a su normal perspectiva, y seguí teniendo ante mí la sonrisa triste de aquella asombrosa jovencita cuya edad era triplicada por mi moribundo tío.

—Lo es, Jeff Dolan —asintió ella con cierto aire de amargura en su expresión, dejando de sonreír—. No me digas lo que piensas, porque creo saberlo, como sé lo que todos pensarán aquí de mí. Pero he dicho la verdad. He sido sincera. No habría motivo alguno para no serlo.

—Así es —corroboró Randolph Taylor con un carraspeo—. Lo señorita

Forrester estuvo a punto de convertirse en la señora Dolan. Por esto está hoy aquí. El señor Dolan no ha olvidado ese hecho, y ella figura en la lista de beneficiados de su herencia.

—Algo intolerable, claro —terció agriamente Abigail Dolan, la hija de Barnaby—. Existiendo nosotros, sus hijos, incluso siendo ilegítimo Walter... y se acuerda en su testamento de una joven extraña.

—Eso de «ilegítimo» está de más, querida hermanastra —rió duramente Walter McVane, sintiéndose ofendido por el comentario—. Lo que cuenta es que mi padre reconozca implícitamente mis derechos en su testamento, aceptándome como hijo suyo que soy.

—Ni siquiera llevas el apellido familiar, Walter —terció con frialdad Clark Renwick, el sobrino—. Yo soy un Renwick porque mi padre lo es, pero mamá era una Dolan.

—Sé lo que pensáis Abigail y tú —rió Walter con gesto desagradable y hostil—. Y me tiene perfectamente sin cuidado. El viejo sabe que soy su hijo, y eso basta. ¿Por qué no le reclamáis a él en vez de enfrentaros conmigo? Porque no os atrevéis, claro. Porque sois demasiado cobardes para aprovechar un momento de lucidez de mi padre y exigirle que me desherede o me repudie, ¿me equivoco?

—Es repugnante —suspiró cansadamente Enid Forrester, clavando en mí sus verdes ojos con pesar—. Ya oyes a los demás. Sólo en el dinero del que va a morir...

—Miren la mosquita muerta —se enfureció bruscamente Abigail, encarándose con la muchacha y fijando en ella su mirada relampagueante, de pupilas color ámbar—. ¿Y en qué piensas tú acaso, cuando estás aquí, como todos, esperando a que muera mi padre? ¿Es que has venido por simple placer o por pasar la noche?

—Si pensara realmente en el dinero, no sería ahora una extraña en la familia, sino la señora de Barnaby Dolan —replicó con altivez la joven, enfrentándose a la hija de Barnaby—. Y muchos de ustedes tendrían pocas o ninguna posibilidad de heredarle en su muerte. Pero supe ser honrada a tiempo, renuncié a egoísmos y ambiciones, y me negué a casarme con él.

—Eso es cierto —confirmó con gravedad el abogado Taylor—. El propio señor Dolan me informó de lo ocurrido en su entrevista decisiva con la señorita Forrester. Él le ofreció la boda, su apellido y su fortuna. Ella lo rechazó. Eso enfureció mucho a mi cliente. Por vez primera se dio cuenta de que su fortuna no podía comprar algo o a alguien, y se sintió humillado, impotente. Tanto, que nunca le he visto tan furioso como aquel día, lo confieso. Luego pareció calmarse, pero desde ese día ya no fue el mismo. Era como si su fracaso en el terreno sentimental le hubiera anonadado, haciéndole ver las cosas de otro modo. Fue cuando hizo testamento y dijo que estaba seguro de que le quedaba poco de vida... Días más tarde, llamó a un especialista, porque sufría fuertes dolores de cabeza. Y se le diagnosticó el tumor cerebral que ha de llevarle a la tumba...

Enid no dijo nada. Se limitaba a escuchar, como todos, al abogado. Luego, fui yo el que comentó algo:

—Creo que acertó, después de todo. Ella no podía ser feliz con un hombre de esa edad. Pero fue un rasgo de nobleza que te honra, Enid.

—Gracias, Jeff. No creo que fuese del todo honrada, o eso no hubiera llegado a suceder jamás. No debí dudar, temer a la vida y pensar por un momento que la fortuna de un hombre que no tardaría muchos años en morir, iba a estar a mi alcance por el simple hecho de hacerle compañía como esposa, durante el resto de su vida. Pero dude. Cuando me hizo la proposición, tuve un arranque instintivo de enfado y, sin embargo, le pedí tiempo para pensarlo. Me lo concedió, y creo que alimentó esperanzas. Luego, de repente, comprendió que yo no iba a casarme con él. No, no debí obrar así. Hubiera sido mejor no tener miedo, no desear algo fácil que me pusiera a resguardo de los riesgos de la vida. Soy joven y puedo luchar sola, sin tener que unirme a un anciano. Debí comprenderlo así desde un principio.

—Fuiste humana —sonreí—. Eso fue todo. Comprendo lo que sentías. Tío Barnaby no iba a ser un esposo en el exacto sentido de la palabra. Demasiado viejo y agotado para una convivencia normal. Sería simplemente una forma de tener alguien a su lado, a cambio de una gran fortuna a pocos años de plazo. Otras personas hubieran llegado hasta el fin, a pesar de todo. Por eso sigo pensando igual de ti, Enid. Y sin duda también lo pensó tío Barnaby, cuando te menciona en su herencia... a pesar de ser una extraña.

—De modo que te pones de su lado, ¿no, primo Jeff? —me replicó irritada Abigail.

—Lo siento, prima. No estoy del lado de nadie. Simplemente pretendo ser justo en mis apreciaciones. Algo que veo os falta a algunos de vosotros, cegados por la codicia.

—Ese comentario tuyo es molesto, Jeff —replicó a su vez Clark Renwick, mirándome con dureza—. Resulta fácil sentirse amable y afectuoso con una muchacha joven y bonita, aunque uno sea casado. Pero eso no significa que seas justo en tus opiniones.

—Creo que tu primo tiene razón —corroboró con frialdad Sharon, acercándose a mí y estudiando con hostilidad a Enid Forrester—. Esta jovencita no llegó a ser la esposa de Barnaby Dolan porque tuvo miedo a su vejez, eso es todo. Y sigue siendo una extraña para todos nosotros, le guste a ella o no.

Mi mujer sabe ser hiriente cuando quiere. Y a veces hasta cuando no quiere. Sus palabras, frías y afiladas, hirieron a la muchacha. La vi encogerse como quien recibe un golpe, miró a mi esposa con amargura, luego a mí me dirigió una ojeada de soslayo, y sin responder palabra volvió a sentarse en su butacón de alto respaldo, lejos del fuego que ardía en el hogar.

—Pudiste haberte guardado tus comentarios para mejor ocasión, Sharon —la reprendí con aspereza, volviéndome a ella.

—Me tiene sin cuidado lo que pienses tú —me espetó duramente—. Esa

jovencita no me gusta nada. Y esta casa tampoco. Estoy deseando que se termine esta maldita noche...

En aquel preciso momento oí voces y gritos allá arriba, sobre nuestras cabezas. Una puerta sonó fuertemente. Luego, corrieron pisadas enérgicas.

Todos alzamos la cabeza, sobresaltados.

—Cielos... —jadeó Randolph Taylor—. Algo ocurre en las habitaciones del enfermo...

Todos pensamos lo mismo, creo yo. Tal vez era la muerte prematura de Barnaby Dolan, anticipándose a los pronósticos médicos.

CAPITULO III

No. No era su muerte. No aún.

Alguien apareció en el umbral, cuando todos avanzábamos hacia allá, capitaneados por el albacea testamentario Randolph Taylor.

—¡Por el amor de Dios, doctor Kearney! ¿Qué sucede? —interpeló el abogado.

El hombre de cabellos canosos y revueltos que asomaba en el umbral aparecía pálido como si fuese él la persona que había de morir allí esta noche. Nos miró a todos con aire alucinado, creo que sin advertir siquiera mi presencia y la de Sharon.

—Por favor, suban... —rió—. Suban todos... Él lo ha pedido ahora...

—¿El? —se estremeció Taylor, humedeciendo sus labios nerviosamente —. Pero... pero ¿ha vuelto en sí? ¿Está consciente?

—En estos momentos, sí —afirmó el doctor Kearney—. Sé que parece absurdo, porque el estado de coma era ya profundo, pero súbitamente ha despertado y ha pedido por sus parientes. Quiere que suban todos. Ahora mismo.

—Está bien —Taylor nos miró a todos, dominando su alteración—. Ya han oído. Vamos arriba. Procuren subir sin hacer demasiado ruido. Es posible que desee... verles antes de morir.

Hubo intercambios de miradas entre los herederos. Muchos de ellos parecían incómodos con la posibilidad de ver, cara a cara por última vez, al viejo Barnaby. Yo, en cambio, me alegraba. Lo cierto es que me dolía saber que se iba del mundo sin verle de nuevo...

Nadie se negó, sin embargo, a subir. Lo hicimos en silencio, pisando con cautela, y nos agrupamos frente a la vidriera color caramelo, tras la cual brillaba la luz dorada. No hacía demasiado frío en el corredor de arriba, pero yo sentí un estremecimiento cuando la puerta se abrió, y una mujer joven, de cabellos castaños y uniforme blanco impecable, asomó, mirándonos a todos. Luego dirigió sus ojos al doctor Kearney, el médico de cabecera habitual del paciente.

—Que no entren todos —dijo con voz suave—. Sólo quiere ver a dos personas.

—¿Dos, solamente? —Pestañeó el médico—. ¿A quiénes?

—A su sobrino Jeffrey Dolan y a la señorita Enid Forrester...

Fue como una sacudida eléctrica. Para mí, y creo que para todos.

También era casual. Enid Forrester y yo. Las personas que habíamos sido hostigadas abajo solamente un minuto antes...

Nos miramos ambos. Sharon comentó algo desabrido entre dientes:

—¿Por qué tú con ella, Jeff?

Me encogí de hombros y avancé hacia la enfermera resueltamente.

—Yo soy Jeff Dolan —dije.

—Y yo Enid Forrester —sonó la dulce voz de la joven tras de sí.

La enfermera nos escudriñó en silencio. Se hizo a un lado.

—Entre, por favor —pidió.

—¿Y... los demás, señorita Hogan? —indagó Taylor, desorientado.

—El señor Dolan dijo algo sobre ellos —asintió la enfermera—. No quiere que esperen abajo, tan lejos de él. Habiliten la sala inmediata, la que él utilizaba habitualmente como living y sala de lectura... Es amplia y confortable. Quiere que esperen allí.

—¿Cómo sabía él que estaban abajo, si se hallaba inconsciente? —Gruñó Taylor, sorprendido, para añadir acto seguido—: Está bien. Lo haremos así.

—La señorita Hobson les ayudará a acondicionarlo todo —explicó la enfermera—. Ahora no es imprescindible aquí.

Se cruzó con nosotros una mujer recia, vigorosa y saludable, de cabellos salpicados de mechones grises, vestida con sencillez. Nos sonrió a Enid y a mí, reuniéndose con los demás. Luego supe que se trataba de Laura Hobson, la criada fiel de mi tío Barnaby, doncella y cocinera a la vez, y ahora auxiliar de enfermera.

—Vengan conmigo —invitó la enfermera a Enid y a mí.

La seguimos. En una antesala había dispuestas unas mesas y butacas, unas literas y un hornillo con un recipiente de café humeante. En la siguiente cámara, un hombre solitario, alto y moreno, de unos cincuenta años, escribía sentado a una mesa, ante una taza de café. Llevaba una bata blanca y lucía gafas de montura metálica sobre su aguileña nariz.

Nos saludó con cortés inclinación al pasar.

—Soy el doctor Simón Bryce, especialista que atiende al señor Dolan —se presentó—. ¿Son ustedes Jeffrey Dolan y Enid Forrester?

—Sí, doctor —asentí.

—Bien. El señor Dolan desea verles. Pasen conmigo, por favor.

El aire olía a medicamentos. La atmósfera allí era tensa, sobrecargada. El médico especialista llegado de Londres para atender la dolencia mortal de mi tío, nos abrió la última puerta, la que nos separaba de la cámara destinada al moribundo.

La claridad allí dentro era tenue, difusa. Se escuchaba una lenta respiración profunda, que impresionaba. El silencio era total, con la excepción del zumbido apagado de un cardiógrafo, en cuya pantalla aparecía una débil línea verde oscilante, mientras otra línea casi plana, sólo alterada de vez en cuando por unos levísimos zigzagueos, aparecía, en la pantalla de otro indicador, sin duda marcando la actividad cerebral del enfermo. Una campana de plástico transparente envolvía el lecho del anciano. La claridad revelaba la figura tendida, inerte, los blancos cabellos desparramados sobre la almohada, las manos yertas extendidas en el embozo.

—Respira con oxígeno —nos explicó en voz baja el médico—. El tumor afecta centros nerviosos que dificultan su actividad respiratoria cada vez más...

Asentí. Caminamos ambos hacia el lecho donde agonizaba Barnaby Dolan. Las penumbras a nuestro alrededor tenían algo inquietante. La figura patética del lecho mortal me resultaba estremecedora.

Llegamos junto a la campana plástica. El doctor quedó atrás, en la sombra, á la expectativa. Los ojos del paciente estaban abiertos.

Eran ojos vidriosos, opacos. Tenían el cerco senil en torno a sus pupilas oscuras e insondables. No parecían ver nada ni fijarse en nada especial. Costaba trabajo admitir que aquel ser estuviese vivo. Los labios eran una yerta, blanca línea apretada. La piel, pergamino amarillento, arrugado en torno a la boca y los párpados. Sólo su respiración profunda, ronca, apagada, indicaba que aún había vida en aquella forma humana yacente.

De pronto, los ojos se movieron.

Casi me aterroricé. Fue un sentimiento absurdo, infantil. Pero sentí miedo. Un repentino, instintivo y terrible miedo a mi propio tío.

Aquellos ojos...

Nos contemplaron como si estuviesen ya al borde mismo de la tumba. O quizá rozando ya el Más Allá, el otro lado de la vida. La margen que no conocemos...

Se habían movido en sus órbitas. Nos miraban. A los dos.

Oí gemir a Enid. Creo que estaba tan asustada o más que yo. La vi vacilar. Instintivamente alargué una mano y tomé la suya. La oprimí con fuerza. Estaba helada. Y temblaba. Creo que de no hacer eso, se hubiera desplomado.

El seguía mirándonos. Silenciosamente, el doctor Bryce había salido de la estancia, cerrando suavemente tras de sí. Estábamos solos. Solos con el moribundo.

Aquél era mi tío. Mi tío Barnaby. Y, sin embargo, sentía miedo. Me producía escalofríos. No sabía por qué.

—Jeff...

Fue un murmullo ronco, apagado. Casi un estertor. Pero había pronunciado claramente mi nombre. No había duda de ello.

—Aquí estoy, tío —le dije.

—E... Enid... —volvió el murmullo difuso, casi imperceptible.

—¿Sí, señor Dolan? —respondió ella, temblorosa.

Seguía mirándonos. La fijeza de aquellos ojos vidriosos era escalofriante. Como si sólo existiéramos nosotros dos en el mundo. En su mundo.

—Los dos... —le oí jadear—. Los dos...

—Sí, los dos hemos venido —asentí—. ¿Querías vernos?

Una mano se agitó sobre el embozo. Era como si quisiera decir algo. O decir algo más. Los dedos, huesudos, marfileños, se crisparon en la sábana.

—Vosotros... Nada debe importaros...

¿De qué estaba hablando? El no podía saber... lo ocurrido abajo.

—¿Qué es lo que no debe importarnos, tío? —indagué.

—Los... demás... Todo lo de... ellos... Sois... los mejores... Lo sabía.

—No ocurre nada, tío —traté de sonreír, animoso—. Estamos todos

contigo. Te queremos. Y esperamos que te recuperes.

—Es... mentira... —jadeó—. Voy a... a morir... Ya es tarde, Jeff... No me quieren. Nadie me quiere aquí... Pero tú y Enid... tú y ella... podéis... salvaros... aún.

—¿Salvarnos? —repetí, seguro de lo que había oído en su débil pero nítido hilo de voz—. ¿De qué hemos de salvarnos, tío Barnaby?

Su mirada se hizo tan penetrante, tan fija, que me impresionó. Lo mismo que sus palabras oscuras e indescifrables:

—De la noche... de las sombras... del Mal que está aquí... con vosotros...

Tenía todas las trazas de estar delirando. Tal vez eran sus últimas palabras en el mundo. A pesar de sentir cierta aprensión, a pesar de despertar en mí su mirada extraños e inexplicables temores, sentí lástima por él. Una profunda y tierna lástima.

—No temas nada, tío Barnaby —le aseguré—. No le tenemos miedo a nadie. Sólo queremos estar cerca de ti. Y esperar tu curación...

—Sabes que no es posible... —jadeó—. Esto es... el fin. Jeff... cuida de ella...

Me quedé helado. ¿Yo, cuidar de... de ella? ¿De quién? ¿De Enid? Yo tenía mi esposa. Tal vez pasado este día, ya nunca nos veríamos de nuevo, una vez muerto él.

—Sí, tío —me dije que una mentira piadosa no podía causar ya daño a nadie—. Cuidaré de ella... No te preocupes.

—Cuida de... Enid, Jeff... —repitió él, concretando más, por si había dudas —. No lo... olvides. Lo prometiste. ..

—Señor Dolan, puedo cuidar de mí misma —terció ella, comprendiendo mi situación—. Le aseguro que no necesito a nadie. No se torture con esas cosas...

—Ya no me torturo... —¿Era imaginación mía o sus labios se curvaban en una extraña sonrisa? Una sonrisa tranquila, apacible, pero que tenía a la vez algo de sardónico, de espeluznante—. Ya no... Adiós, hijos... Jeff, Enid... Os quiero. Os quise de veras... Probadme que sois... los mejores... Salvaos del Mal...

—Tío Barnaby... —comencé.

Y me detuve, comprendiendo que era inútil.

Sus ojos estaban fijos en el vacío, pero ya no nos miraban. No tenían expresión. La mano se estiró sobre el embozo, el rostro se suavizó, aunque sin borrarse aquella mueca, parecida a una sonrisa, en sus exangües labios.

—Dios mío... —gemí.

—Jeff... —la mano de Enid presionó la mía, que aún la aferraba—. ¿Es que ha... ha muerto?

—No sé —miré, angustiado, hacia los gráficos. El corazón funcionaba muy poco, pero funcionaba aún. El cerebro, apenas nada.

Corrí a la puerta y avisé al doctor Bryce. El entró precipitadamente, con la enfermera Hobson. Examinó al paciente. Meneó la cabeza en sentido

negativo.

—No, no ha muerto aún —susurró—. Vayan tranquilos. Creo que el coma es ya irreversible. No volverá a recuperar el sentido. Es el principio del fin...

Caminamos hacia la puerta. Salimos de la estancia. Creo que respiré un aire distinto cuando inhalé en el exterior. El doctor Kearney me miró, pensativo.

—Estas cosas son muy penosas —comentó—. No debió llamarles a su lado...

—Tal vez éramos los únicos a quienes no había visto personalmente aún...

—¿Los únicos? —Kearney negó enérgicamente—. Nada de eso. No ha querido ver a nadie de su familia. Absolutamente a nadie, señor Dolan. Usted y la señorita Forrester son los primeros y los últimos miembros de la reunión que cruzaron esa puerta...

Enid y yo nos miramos más asombrados que nunca. Solté su mano lentamente. Moví la cabeza, desorientado.

—No lo entiendo —murmuré—. Soy el pariente que menos conoció en su vida...

—Y conmigo estaba furioso, irritado. Dijo que no me perdonaba mi decisión...

—Y sin embargo hemos sido los únicos en ser recibidos por mi tío Barnaby... —suspiré—. No lo entiendo, Enid. De verdad no lo entiendo...

Nos reunimos con los demás. Miradas de envidia, de rencor, de recelo, se fijaron en nosotros. Solamente el abogado Taylor se mostró indiferente. Acercóse a nosotros, solícito.

—¿Pudieron hablar con él? —indagó.

—Sí —afirmé lentamente, ante la expectación y sobresalto de todos—. Habló con nosotros. Y nosotros con él.

—¿Qué dijo? —preguntó con voz aguda Sybil Dolan, la hermana del moribundo.

—Cosas sin sentido —hablé despacio—. Otras sí parecían tenerlo, pero no por completo. Dijo que nadie le quería. Y que nos salváramos del Mal que estaba presente...

—Tonterías de moribundo —declaró con escasa piedad Howard Renwick, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo está ahora?

—Según el doctor Bryce, no volverá a estar consciente. Entró en coma. Es el final

No vi dolor ni contrariedad en ningún rostro, incluido el de mi esposa. Todos esperaban que aquello terminase cuanto antes. Les fastidiaba la idea de una larga vela.

—¿De modo que piensa que no le queremos? —comentó de pronto Abigail Dolan—. Papá es muy duro con nosotros. Siempre lo fue. Y muy desconfiado, incluso en la hora de su muerte...

—¿Qué querría decir con eso «del Mal que estaba presente»? —terció, por su parte, Walter McVane, el hijo ilegítimo, volviéndose de su emplazamiento,

cara a las llamas del hogar que ardía también en la amplia sala de muros de madera donde nos hallábamos ahora reunidos.

Me encogí de hombros.

—Sé tanto como vosotros —comenté—. Me he limitado a decir lo que él dijo.

—¿Y para eso os llamó precisamente a vosotros dos? —Terció mi mujer, dirigiendo una ojeada nada amistosa a Enid—. No lo entiendo... Nunca fuiste su favorito, Jeff.

—Cierto. Nunca lo fui —sonreí, acercándome al muro, donde se veía colgado un gran retrato al óleo de mi tío Barnaby, quince o veinte años más joven. Le miré, sin ver en sus oscuros ojos aquella rara expresión de malignidad que creyera captar en su lecho de muerte—. Y sin embargo... yo también me pregunto por qué tuvo que llamarme a mí...

Me preguntaba muchas más cosas. Como, por ejemplo, aquella absurda petición de que cuidara de Enid Forrester. Y la sensación de incomodidad que sentía ahora dentro de mí al haberle hecho una promesa que yo no podía cumplir en modo alguno, puesto que me debía a Sharon, mi esposa, fuese cual fuese nuestra situación íntima, ya que no deseaba en absoluto ponerla en una situación desairada o humillante con otra mujer.

Las palabras casi finales del moribundo martilleaban mi mente con angustiosa intensidad:

—Cuida de Enid, Jeff... No lo olvides... Lo prometiste...

Una promesa ante un moribundo. La había formulado esperando con ello serenar su ánimo, sin esperanza de poderla cumplir jamás.

Y sin embargo ahora sabía que tal vez tenía la obligación de cumplirla, por encima de todo.

O el Mal se haría presente, como dijera Barnaby Dolan, en las fronteras de las tinieblas eternas...

CAPITULO IV

La cena servida a las ocho fue simplemente una especie de buffet en frío, a base de canapés, carne fría, pescado en gelatina, plumcake y pudding, todo ello exquisitamente cocinado por Laura Hobson. Vino, cerveza o agua servían de aditamento a la comida, según el gusto de cada cual.

Sharon eligió una copa de vino y yo unas cervezas. Sentía la boca reseca, áspera, desde que respirara el aire denso, viciado, con olor a antisépticos y a muerte de las habitaciones privadas del enfermo. La cerveza fría, la verdad, no logró mejorar demasiado esa sensación.

Después, Jasper Yates, el jardinero, en su papel de mayordomo, nos sirvió café o licores, a gusto de cada cual. La velada prometía ser larga y tensa. Ellos procuraban aliviarla lo más posible con su esfuerzo. Y casi lo estaban logrando, porque cuando miré por vez primera el reloj tras la cena, eran ya las nueve y media, y todos conversábamos más o menos animadamente en el amplio salón cercano a las estancias destinadas a la vigilancia médica del paciente.

Los muros, sólidos y recubiertos por recios paneles de buena madera, aseguraban la insonoridad del recinto, pero aun así, todos procurábamos hablar en tono discreto, un poco impresionados por la proximidad del enfermo.

Aunque yo, a veces, me había preguntado en los últimos minutos de aquella noche, cómo pudo intuir ciertas cosas el moribundo, al llamarnos a Enid y a mí, justo tras el áspero enfrentamiento con otros miembros de la familia. No podía olvidar ciertas frases pronunciadas enigmáticamente por Barnaby Dolan en su lecho de dolor y muerte, bajo la campana de oxígeno.

—Nada debe importaros... Los demás... Sois... los mejores... Nadie me quiere aquí... Probadme que sois los mejores...

¿Qué es lo que realmente sabe o intuye un hombre, en los límites de la vida, cuando está a punto del tránsito definitivo? ¿Puede «ver» y «oír» aquello que no ocurre ante él, aquello que sucede fuera de su órbita visual y auditiva?

Tal vez me estaba dejando llevar por mi imaginación. Después de todo, nadie en la reunión parecía particularmente preocupado por problemas posiblemente metafísicos. La propia Enid charlaba amigablemente con Howard Renwick y el abogado Taylor, y mi mujer mantenía una animada conversación con Sybil y Abigail, en otro rincón de la sala.

Yates pasó silenciosamente sirviendo nuevas copas a quien lo deseaba. Laura Hobson, la cocinera y doncella, había vuelto a ausentarse. Sujeté al jardinero por un brazo cuando me sirvió otro scotch con hielo.

—¿Se ha ido de nuevo a trabajar como enfermera la señorita Hobson? —pregunté.

—Sí, señor —asintió Yates—. El doctor Bryce la necesita.

—¿Está peor mi tío?

—Igual —suspiró el jardinero—. Suponen que no habrá cambios hasta... hasta su muerte.

—Entiendo —le solté, agitando lentamente los cubitos de hielo en el vaso. Bebí despacio, acercándome al fuego de la chimenea. Walter McVane estaba en pie ante ella. Se volvió a mirarme. No advertí animosidad alguna en su rostro joven, rudo y saludable.

—Detesto las veladas junto a enfermos y difuntos —comentó seco.

—Yo también —admití—. Pero nadie nos obliga a permanecer aquí toda la noche, Walter.

—A ti, tal vez no —rió sordamente, moviendo la cabeza, sus ojos brillando al reflejar las llamas del hogar—. Pero yo estoy en las últimas. Lleno de deudas y acreedores por todas partes. Si no me quedo esperando mi herencia, estoy hundido.

—Sí, comprendo.

—No, estas cosas sólo se comprenden cuando ocurren, Jeff. He leído de ti. Triunfas en tus trabajos de investigación. Incluso las revistas técnicas publican tus artículos en primera página. No necesitas migajas de una fortuna ajena. Ni siquiera entiendo por qué estás aquí ahora.

—Porque tengo una esposa ambiciosa —sonreí—. Y porque quería estar cerca de tío Barnaby en sus últimos momentos.

—¿Sin interés económico?

—Sin interés alguno. Sólo por él, como ser humano. Ahora que le he visto, no me arrepiento de haberle venido a visitar en este trance. No me moveré hasta que todo acabe.

—¿Qué te dijo realmente cuando te vio?

—Ya os lo conté. Incoherencias. No era fácil entenderle.

—Jeff, mi padre me da miedo...

Me sobresaltó. Era el primero que reconocía de viva voz algo así. Sonaba raro en sus labios. Era su hijo, por muy ilegítimo que lo considerasen. ¡Miedo! Hasta la palabra me asustó. Yo también había sentido algo así.

—¿Miedo? —Fingí no entenderle— Eso no tiene sentido, Walter.

—Quizá —se encogió de hombros—. Quizá, Jeff. Pero tú apenas sabes nada de tu tío.

—¿Saber? ¿En qué sentido?

—No, no importa —rechazó vivamente—. No vale la pena hablar de ello, créeme.

Y se alejó bruscamente, como si no deseara ceder a la tentación de hablar más de lo que era prudente. Me quedé mirándole, pensativo.

¡Miedo...!

Volví a pensar en lo absurdo de ese sentimiento, junto a un pobre anciano que moría por momentos. Absurdo, sí. Y sin embargo...

Sin embargo, yo mismo había sentido ese mismo miedo al ver sus ojos fijos en mí desde su lecho de la agonía...

Alguien propuso jugar a la canasta. Acepté, formando pareja con mi tía

Sybil. Sharon la formó con Clark Renwick, mi primo. Los demás formaron corro en derredor. Solamente Enid Forrester y el abogado Taylor permanecieron apartados de la mesa de juego, aunque sin conversar entre sí. Ella leía un libro. Taylor optó por escribir en una agenda, sentado bajo la luz de una lámpara portátil, en un rincón.

La partida terminó con nuestra derrota. Siempre he sabido que Sharon es virtualmente invulnerable en una mesa de pinacle o de canasta. Yates volvió a servir café. Sabía que, a medida que avanzaba la noche, la vela se iba haciendo más difícil, más tensa, más nerviosa...

Eran casi las doce de la noche. El principio de la madrugada, la temida madrugada que, sin duda, marcaría el fin de la resistencia física de un hombre, estaba ya próximo.

Nos levantamos para estirar un poco las piernas, comentando trivialmente las incidencias del juego. El doctor Bryce entró en la sala. Todos le miramos, expectantes.

—Calma, calma —sonrió, alzando una mano vivamente—. No sucede nada. Sólo que también los médicos tenemos derecho a relajarnos. Llevo en esa cámara o en la antesala casi diez horas sin moverme. Tomaré una taza de café con ustedes, si no les importa.

El especialista fue bien acogido entre nosotros. Yo tuve ocasión de cruzar unas palabras con él cuando dejó de charlar con las mujeres.

—¿Todo igual? —inquirí.

—Claro —suspiró—. Ya le dije que no habría novedades hasta... hasta el fin. Está en coma todavía. Sus constantes vitales se mantienen, pero cada vez más débiles. Es como una llama que se extingue lentamente. No puede durar ya mucho.

—¿Sufre?

—No lo creo. Se le inyectaron sedantes. El tumor cerebral es siempre una forma dolorosa de morir, hasta que el cerebro se atrofia y deja de emitir sufrimientos físicos. Pero nadie sabe aún lo que pasará por la mente de un agonizante con un mal así.

—¿Cómo tardó tanto en advertir esa dolencia?

—Fue un error —dijo, tras una indecisión, el especialista londinense.

—¿Un error? —le miré, asombrado—. ¿De quién?

—De mi colega, el doctor Kearney. Sabía que su tío era siempre un hombre aprensivo, dado a inventarse graves dolencias que nunca eran ciertas. Le trató sus jaquecas con cierta indiferencia, sin preocuparse demasiado por los síntomas. Cuando quiso darse cuenta, ya era tarde. El tumor se había manifestado en el cerebro de forma virulenta y maligna. Un diagnóstico precoz pudo cambiar las cosas radicalmente. La extirpación del mal hubiese quizá salvado la vida del paciente, o cuando menos la hubiera prolongado considerablemente. Sólo pudo avisarme por si era posible hacer algo más. Desgraciadamente no podemos hacer Milagros todavía en ese terreno. Me limité a confirmar el diagnóstico. Operar era imposible, porque significaba la

muerte inmediata. Se le trató con cobaltoterapia y todo lo demás. Fue inútil. Ahora ya lo sabe, señor Dolan. Pero no culpe demasiado al doctor Kearney. Es solamente un médico rural que no tenía fe en las lamentaciones de su paciente. Ocurre muchas veces.

—Sí, supongo que sí... —suspiré, dirigiendo una mirada al reloj de pared.

Me estremecí. Las doce menos un minuto.

Se dice desde tiempo inmemorial que la medianoche es la hora de las brujas, del diablo, de lo sobrenatural e inexplicable. Siempre me había parecido un absurdo, un vulgar cuento de niños.

Ahora, sin embargo, el inicio de la madrugada me causaba aprensión, temor, inquietud.

¿Por qué?

Junto al reloj estaba Enid Forrester en ese momento. La descubrí mirando fijamente las agujas del reloj sobre las cifras romanas de la esfera. Parecía tan impresionada y tensa como yo mismo.

—¿No crees que miras demasiado a esa chica? Estás poniéndome en ridículo, Jeff...

La miré. Sharon estaba junto a mí, con expresión airada, centelleantes de ira y de celos sus ojos. Sus generosos senos se agitaban con palpitaciones excitadas.

—Te equivocas, querida —dije fríamente—. Miraba al reloj, rio a ella.

—¡Mientes! —Me disparó la palabra como un latigazo—. Y no me llames «querida». Sabes que lo detesto. ¿Qué has visto en esa chica? Es una cualquiera. Si no se casó con un anciano que le triplicaba la edad fue por miedo al ridículo o a enterrarse en vida junto a él durante unos años que podían ser demasiado largos. Seguro que ahora se arrepiente de no haber aceptado... está bien claro. Es una hipócrita que ambiciona dinero. Y también una fulana hambrienta de sexo, basta verla.

—¿Por qué no dejas de insultar a los demás y te miras tú misma en el espejo? —Repliqué con disgusto—. Estamos aquí por motivos muy distintos. Tú sólo deseas heredar a mi tío Barnaby.

—¿Y tú no? —me replicó ella con acritud, sonriendo agresivamente.

—No. El dinero de Barnaby Dolan me tiene ahora sin cuidado —dije con sequedad—. Sólo deseo que no sufra demasiado al morir. Es todo.

—Eres un maldito embustero. Estás mintiendo en todo. Te gusta esa chica. Coqueteas con ella descaradamente, poniéndome en evidencia. Y cuentas los minutos que te separan del dinero de tu tío... como los demás. ¿Por qué te empeñas en hacer el papel de bueno en esta farsa?

—Me das pena, Sharon —dije, mirándola lastimoso—. Si no fueras mi mujer, me apartaría de ti como de algo que huele mal, que está podrido bajo ese bonito aspecto, como un cadáver envuelto en sedas... pero igualmente corrompido.

Y sin hacer caso de su gesto colérico, sorprendido y furioso, me aparté de ella, dispuesto a soportar sus iras si era preciso.

El reloj de pared empezó a hacer sonar musicalmente los cuartos. Todos miramos instintivamente a la esfera, donde las agujas, superpuestas matemáticamente sobre el número doce, señalaban el filo entre la noche y la madrugada.

La madrugada que estaba empezando...

Una campanada grave, profunda, melodiosa, inició la cuenta de doce.

En ese preciso momento el grito espantoso, desgarrador, rasgó el silencio casi religioso de la mansión victoriana.

Nunca, en toda mi vida, había oído un grito así.

En él iba condensado todo lo más horrible que el ser humano puede imaginar en sus terrores: dolor, pánico, agonía... muerte.

¡Muerte!

Yo supe en seguida que algo ocurría. Que alguien había muerto.

¿Tío Barnaby?

Era lo lógico. Lo esperado. Sin embargo, estuve seguro en seguida de que había algo más. Mucho más...

* * *

—Ese grito... Dios mío, ¿qué sucede?

Había sido Randolph Taylor quien hacía la pregunta. Corrimos todos hacia la puerta, con el propio doctor Brice a la cabeza, a quien oí lamentarse para sí:

—Dios mío, ha debido ocurrir... justo cuando yo no estaba presente...

Abrimos las puertas y salimos al corredor. Las puertas vidrieras también se abrieron de súbito, delante de nosotros, y alguien salió procedente de la antesala de la cámara destinada al enfermo.

Creo que jamás el pánico, el horror y el asombro han podido invadir con mayor fuerza a todo un grupo de personas, paralizándolas ante el espectáculo dantesco, increíble y delirante de un hecho imposible de imaginar o de entender.

La enfermera Hogan yacía inmóvil allá, en la antesala, tras la puerta de vidrios color caramelo. El que había abandonado la estancia y corría hacia nosotros por el rellano de la planta alta era el doctor Alan Kearney, médico de cabecera de mi tío.

Pero resultaba difícil identificarle ahora, en aquel horror sin precedentes que se nos enfrentaba.

Porque el doctor Kearney, mientras se movía hacia nosotros desesperada, angustiadamente, como en demanda de ayuda, estaba convirtiéndose por momentos en un amasijo sanguinolento y horrible, a medida que algo que ninguno podíamos ver hacía reventar su piel, desgarraba su epidermis y hundía su carne, triturando sus ojos, de cuyas órbitas descendían dos chorros nauseabundos de humor viscoso al vaciarse los globos oculares.

La boca vomitaba sangre, entre gritos roncos y convulsos. Sus manos, agitándose ante nosotros en demanda de auxilio, chorreaban sangre

igualmente, y por sus cabellos corrían regueros rojos, en un escalofriante festival sanguinolento como sólo podía producirlo un aplastamiento brutal bajo una mole capaz de triturar un hombre.

Sólo que no había nada encima del doctor Kearney, nada que le golpeara ni atacara, nada que le persiguiese. Y sin embargo, sus ropas todas se iban tornando fláccidas, sobre un esqueleto que, por momentos, daba la impresión de reblandecerse y romperse en mil pedazos, en la destrucción más espantosa e inexplicable que jamás me había sido dado presenciar.

Cuando rodó a nuestros pies, salpicándolo todo de sangre, un ramalazo de horror profundo, de incrédulo asombro e incomprensión, nos invadía de tal modo que helaba toda posible reacción en cualquiera de nosotros.

Sorprendentemente, pese a lo que experimentaba, fui el primero en reaccionar de algún modo.

Me precipité a la carrera hacia la puerta vidriera, mientras los demás permanecían aún inmovilizados por el horror, en torno al cuerpo ya inerte del doctor Kearney.

Crucé el umbral, inclinándome hacia la enfermera Hogan. Comprobé que estaba solamente desvanecida. Algo más allá, sobre una mesa, yacía de bruces Laura Hobson, doncella, cocinera y enfermera accidental. También estaba inconsciente y no sufría daño aparente alguno.

Avancé hacia la puerta de la cámara de mi tío Barnaby. La abrí sin vacilar, y me asomé al interior.

Todo seguía igual que antes. Tranquilo, silencioso, con su fuerte olor a desinfectantes y medicinas. No, todo igual, no.

Había un sonido nuevo, extraño, enervante.

Un zumbido prolongado, insistente, invariable... Lo emitía el cardiógrafo. Lo miré. Una línea roja. El corazón no funcionaba. Paro total. Definitivo. El encefalógrafo revelaba una línea plana también.

Miré a tío Barnaby. Me acerqué despacio. Contemplé su rostro, su figura.

No había duda. Estaba muerto.

Con la madrugada, había llegado para él la muerte.

Pero también para otra persona. La muerte de mi tío era lógica, previsible. La del doctor Kearney, no.

Y menos aquella muerte extraña, increíble..., justamente momentos después de fallecer su paciente.

No separé mis ojos del rostro de mi tío. Seguía sonriendo. Con una mueca más extraña y maligna que nunca...

CAPITULO V

—Sí. Está muerto...

El doctor Bryce subió la sábana por encima del rostro de Barnaby Dolan. La figura rígida quedó totalmente envuelta en el blanco sudario. Interrumpió los mecanismos electrónicos y cerró la salida de oxígeno. Ya nada hacía falta.

Dejó de sonar el zumbido que avisaba del paro cardíaco irreversible. El silencio en la cámara, convertida ahora en mortuoria, se hizo más denso e irrespirable. Miré al doctor Bryce.

—¿Y su colega, el doctor Kearney? —indagué.

El se estremeció. Movió la cabeza, confuso.

—Eso... no sé. No puedo entenderlo. Es... es como si se hubiera desintegrado delante de nosotros. Tiene la piel desgarrada, los tejidos reventados, los huesos rotos... No tiene sentido.

—Ocurrió delante de nosotros, ante nuestros propios ojos, doctor —le recordé.

—Infiernos, ¿cree que no lo sé? —Movió la cabeza, angustiado—. Nunca vi nada parecido. Tal vez... tal vez sea un mal desconocido, algo provocado por... por un fenómeno biológico, no sé... Habrá que esperar a la autopsia. Tenemos que llamar a un hospital, a una ambulancia, a la policía incluso...

—Sí, supongo que sí... —admití gravemente—. Pero nadie atacó al doctor, que yo viese.

—Tampoco yo. Pero huía de algo, es evidente. Quizá le atacaron antes y sufría entonces los efectos de esa agresión.

—¿Qué clase de agresión? —insistí.

—-¡Por Dios, déjeme en paz! —Se irritó el especialista—. No soy un mago para saber lo que ocurre más allá de mis conocimientos. Creo que todos hemos visto lo mismo, y nadie entiende nada, señor Dolan. —Pero usted es médico...

—Precisamente por eso no debo aventurar teorías más o menos fantásticas. Es preciso esperar, créame. Todo tendrá su explicación razonable.

—¿Usted cree? —dudé.

El se limitó a encogerse de hombros, alejándose de mí hacia las dos enfermeras. Ambas parecían muy recuperadas, y el doctor Bryce las había hecho tender en las literas de la antecámara. Enid y Sybil las atendían, con el rostro muy pálido y demacrado.

—Ya se recuperaron —comentó el médico, tras examinarlas—. Dentro de poco podremos preguntarles qué sucedió aquí...

Y su mirada se fijó en el exterior, en el rellano de aquella planta, donde alguien había tendido una sábana encima del cuerpo ensangrentado y deforme del doctor Kearney.

Jasper Yates, intensamente pálido, apareció en la puerta bruscamente. El médico le miró.

—¿Qué ocurre ahora, Yates? —quiso saber.

—Lo siento, doctor —habló el jardinero con voz ronca—. El teléfono...

—¿Qué le ocurre al teléfono? —se impacientó el médico.

—No pude llamar a la ambulancia ni a la policía. No se consigue comunicar.

—Cielos, lo que faltaba. ¿Una avería?

—No, no. No creo que sea una avería. La línea no está cortada, doctor.

—¿Entonces...? —Bryce enarcó las cejas.

—Marco los números y espero que descuelguen. Entonces suena un «clic», como si realmente descolgaran. Pero...

—Pero ¿qué?, por todos los diablos —se irritó el médico—. Dígalo todo de una vez y acabemos. ¿Qué ocurre entonces?

—Es... es horrible, doctor. Suena una voz...

—¿Qué voz? —le pregunté yo suavemente, tratando de tranquilizarle.

—Una voz horrible, señor Dolan —me explicó el jardinero, compungido—. Ronca, apagada, como la de un agonizante. Y dice... dice cosas extrañas como... como... «No hay línea, nadie va a escucharte...» Y luego suena una risa. Una larga risa que da escalofríos...

El médico y yo cambiamos una rápida mirada. Le vi tragar saliva y apretar nerviosamente las manos. Airado, se encaminó a la puerta.

—Yo lo intentaré —dijo con acritud—. Creo que alguien le está haciendo objeto de una broma pesada, Yates...

—¿Una broma como la que gastaron al doctor Kearney? —pregunté yo ingenuamente.

El doctor me dirigió una mirada fulminante y se ausentó, maldiciendo entre dientes. Me quedé quieto, pensativo, hasta que advertí que los ojos verdes e inquietos de Enid estaban fijos en mí. Traté de sonreírle, pero debí fracasar en mi empeño, porque mostró una expresión aturdida y triste. Se apartó de las enfermeras inconscientes y, sin aproximarse demasiado a mí, tal vez por miedo a Sharon y sus reacciones de celos y rencor, la oí comentar, dirigiéndose a mí:

—Estoy aterrada... Algo mató al doctor Kearney, pero no era nada humano, nada de «este» mundo...

Se alejó. Ni siquiera me atreví a replicarle o a decir nada. Lo malo es que ella tenía razón. Toda la razón, maldita sea. Nada humano, nada de nuestro mundo, nada material ni lógico puede matar a un hombre como había matado ante nuestra atónita mirada al infortunado doctor Kearney.

Y ahora, según el asustado Yates, el teléfono funcionaba, pero sólo para oírse una rara voz misteriosa, que reía y decía cosas sin sentido. ¿Qué estaba sucediendo en la casa aislada de Barnaby Dolan? ¿Existían realmente las fuerzas del Mal que él mencionara antes de morir? Y si era así... ¿dónde y en qué forma se hallaba ese poder maléfico, capaz de alterar el equilibrio de las cosas hasta límites delirantes?

Era mejor no hacerse preguntas, entre otras cosas porque no había

respuestas por ninguna parte. Me encaminé al salón donde nos habíamos reunido a la espera del fallecimiento del enfermo. Contra lo previsto, su muerte súbita, anticipándose a los pronósticos médicos, no había llevado calma ni relajamiento alguno a nadie. Lo sucedido al doctor Kearney bastaba para romper los nervios del más templado.

Sharon estaba evidentemente hundida y se apoyaba en Abigail y en Howard Renwick, para animarse un poco con su conversación. Clark estaba fumando un cigarrillo nerviosamente, y cambiaba alguna que otra palabra con Walter McVane. En cuando a Randolph Taylor, el abogado, parecía el más desmoronado de todos. Su rostro era una lívida máscara de inquietud y de temor.

Me acerqué a él. Levantó la cabeza, ligeramente sobresaltado, al oír mis pasos aproximarse a donde él estaba.

—Ah, es usted... —murmuró—. ¿Cómo marchan las cosas allí, Dolan?

—Mejor —suspiré—. Las enfermeras se recuperan. Estaban sólo inconscientes. Nada serio. Tal vez se asustaron al ver lo que le sucedía al doctor Kearney.

—¿Y quién no? —gimió él—. Todavía tiemblo al recordarlo... Dios mío, ¿qué está ocurriendo aquí, amigo mío?

—Lo sé tanto como usted —me encogí de hombros—. Espero que el doctor Bryce pueda llamar a una ambulancia, a la policía y todo eso...

—¿Qué pasa? —pestañeó—. ¿Tampoco funciona el teléfono?

—Funciona, pero de un modo raro. No logran comunicar con nadie.

—Cielos, es como si algo maldito hubiera caído sobre este lugar... —resopló.

—Muchos de nosotros van a sentirse más optimistas al poder abandonar esta casa, señor Taylor —comenté, mirando a los demás.

—¿Abandonar la casa, ha dicho? —me miró como si yo viniera de la Luna.

—Sí, eso dije —asentí, arrugando el ceño—. ¿Es que hay algún problema?

—Claro que lo hay, por el amor de Dios. Las condiciones previas al testamento son bien concretas en este punto, Dolan. Su tío era un hombre excéntrico y de firmes convicciones, sin duda alguna. Exigía no sólo su presencia durante su agonía, sino también durante la primera noche de la vela de su cadáver íntegra, hasta el amanecer. Quien esto no cumpla, queda automáticamente desheredado. Tengo el documento firmado y con testigos, se lo aseguro.

—Cielos —murmuré—. Cuando los demás sepan eso...

—¿A usted no le importa?

—No, no demasiado. Después de todo, pensaba quedarme aquí hasta el momento de los funerales, aunque el testamento no lo hubiera exigido. Supongo que otros familiares harían lo mismo.

—Supone mal. Creo que se habrá percatado ya del ambiente que se respira en esta casa entre todos ellos. Están aquí por obligación. No amaban en

absoluto a su desaparecido familiar, digan lo que digan, aunque lo cierto es que tampoco lo disimulan bastante bien. Yo admito que Barnaby Dolan no era un hombre a quien se pudiese amar fácilmente, y disculpe si este comentario le resulta doloroso o molesto.

—No, señor Taylor, puede usted exponer sus sentimientos sin rodeos. Tal vez le conociera usted mucho mejor que nosotros.

—A Barnaby Dolan nadie le conocía bien realmente. Pregunte a Yates o a la señorita Hobson, por ejemplo. Eran sus fieles sirvientes y no le odiaban. Pero tampoco le sabrán decir cómo era realmente su tío.

—A mí me gustaría saberlo, sin embargo. Le conocí tan poco...

—Barnaby Dolan siempre fue un misterio. En estos últimos años parece ser que más que nunca. Su edad, su soledad, su carácter, fueron haciendo de él un hombre extraño, aislado, casi misterioso.

—¿Misterioso? ¿En qué sentido?

—En todos. Era muy autoritario, muy duro. Tenía a veces rasgos generosos o nobles. Se encerraba días enteros en su dormitorio, leyendo y hablando consigo mismo después. Yates y la señorita Hobson me han contado esas cosas. Incluso ellos tenían prohibido entrar bajo ningún pretexto cuando tenía esos momentos. Ahora mismo hay una habitación en esta casa herméticamente cerrada. Y nadie, en absoluto, puede abrirla.

El asunto me intrigó. Recordaba viejas historias macabras, extrañas leyendas de horror y de secretos inconfesables. Miré a Taylor, sorprendido.

—¿Una habitación cerrada? ¿Dónde?

—Al fondo de esta segunda planta, justamente en el torreón sur de la casa. Ventanas y puerta están herméticamente cerradas. De la puerta sólo él tenía la llave, y jamás dejó entrar allí a nadie, ni siquiera para limpiarla.

—¿Y esa llave...?

Taylor se encogió de hombros con una sonrisa evasiva.

—Ni idea, señor Dolan —confesó—. No sé nada de su paradero. Pero hay algo en el documento que acompaña a su legado. En ese documento donde exige la presencia de sus herederos aquí citados, durante su agonía y durante la vela de su cadáver, añade que ninguno de ellos, bajo pretexto alguno, deberá abrir esa puerta ni pisar la habitación. Quien tal cosa haga, perderá todo derecho a heredar su parte. Y cometerá el más grave y terrible error de su vida.

—¿Así lo dice, exactamente?

—Exactamente sí —corroboró el abogado, con voz grave, mirándome muy fijo.

En ese momento apareció el doctor Bryce en la puerta. Todos se volvieron hacia él. Yo el primero, olvidando al abogado Taylor y su historia.

El especialista estaba muy pálido. Le temblaban las manos. Nos miró con ojos extraviados. Luego, meneó la cabeza.

—No sé lo que ocurre aquí. Es diabólico. He intentado llamar muchas veces por el teléfono. Hay línea. Suena en alguna parte la llamada, marque el

número que marque. Pero siempre la misma voz responde a esa llamada. Una voz que pronuncia palabras extrañas, sin sentido. Una voz me ha dicho: «Es inútil, doctor. No llame. Nadie contestará.» La otra, sólo pronunció una palabra: «Cuelgue.» Y una tercera, fue más explícita: «No insista. Es inútil. Esta línea no es la que busca. No le sirve.» En todas las ocasiones la voz terminó con una risa larga, hueca, espeluznante. Y el teléfono era colgado, sin duda alguna.

Un silencio sobrecogedor acogió las palabras del médico. Este añadió, tras una pausa:

—Lo intenté una cuarta vez, sin embargo. Pero el teléfono cayó de mis manos. Se fue al suelo como empujado por alguien. Pensé que se me había caído e insistí. De nuevo el aparato saltó en mis manos, como si estuviera vivo, y rodó por el suelo, oyéndose la misma risa por el auricular, al golpear el pavimento...

—No tiene sentido, doctor —replicó Howard, irritado—. Está usted impresionado por lo que vimos. Y alguien se está burlando de todos nosotros estúpidamente. No creo una sola palabra de eso. Las casas embrujadas no existen hoy en día.

Nunca debió decirlo.

De súbito, algo estalló dentro de la habitación. Nos volvimos, dando un respingo de sobresalto hacia el fondo. El reloj de pared había perdido el vidrio de su esfera que, hecho añicos, volaba por los aires, como batido por un mazazo. Los vidrios alfombraron el suelo ruidosamente, ante nuestro asombro.

Casi inmediatamente, unas pisadas corrieron por el pasillo, desfilando rápidas ante la puerta del salón. Y una rosa hueca, prolongada y fantasmal; rebotó por los muros de la vieja casa, erizando mis cabellos, en la nuca.

—Dios mío... —sollozó mi mujer, tambaleándose—. ¿Qué es «eso»? ¿Quién anda ahí?

Taylor y yo corrimos a la puerta de la sala, seguidos por el propio Howard, que tenía el rostro con el color del yeso en estos momentos. Nos asomamos, dispuestos a presenciar cualquier horror, por espantoso que fuese.

No vimos nada. El cuerpo del doctor Kearney yacía en el pasillo, cubierto por la sábana. No había nadie por parte alguna, pese a que era imposible que nadie hubiera tenido tiempo de desaparecer, si era cierto, como oímos todos, que había corrido delante nuestro, soltando su extraña carcajada.

—De buen grado me marcharía de esta casa —jadeó el abogado Taylor, empezando a sentirse incómodo allí.

—¿Por qué no lo hace? —Sugirió vivamente Clark Renwick, acercándose a él—. Podríamos ausentarnos todos por esta noche, y volver de día, tras los funerales...

—No es posible —cortó Taylor fríamente—. Ya hablé de ello con Jeff Dolan hace un momento. Todos estamos obligados a permanecer aquí hasta el nuevo día, señores. Es otra de las exigencias de su familiar fallecido, para

tener derecho a la herencia.

—¿Qué...? —clamó son sobresalto Walter McVane—. ¿Papá nos exige velar su cadáver... o perderlo todo?

—Así es, señor McVane —afirmó Taylor—. Como albacea, estoy obligado a que se cumplan estrictamente sus disposiciones. Naturalmente, no puedo impedir que ustedes se vayan, pero eso implica perder la herencia.

Un silencio mortal volvió a hacerse entre todos. Quien más, quien menos, debía de haber planeado ya una marcha rápida, si la policía no llegaba pronto para tranquilizarnos con su presencia y sus uniformes. La idea de convivir toda una larga madrugada con un cadáver, ocurriendo las cosas que ocurrían entre aquellos muros, no podía hacer feliz a nadie.

—Maldito viejo... —bramó entre dientes con escaso respeto al difunto, su propia hermana, Sybil—. Era un tirano. Debe estar disfrutando donde está, viéndonos aquí como monigotes a su merced...

—No creo que los muertos puedan ver ya nada, señora —dijo suavemente Taylor, con tono de reproche.

—Yo no estaría tan seguro —manifesté secamente, ganándome las miradas inquietas de todos los demás.

—¿Por qué dices eso, Jeff? —se disgustó Clark Renwick, mi primo.

—Mirad —señalé la puerta vidriera color caramelo—. ¿Ha quedado alguien junto a tío Barnaby?

—No, ahora ya no —rechazó el doctor Bryce, ceñudo—. No hace falta. La enfermera Hogan bajó a la cocina con la señorita Hobson a tomar algo caliente, en compañía de Yates. Ninguna sabe por qué se desmayó. Sus historias coinciden: notaron una especie de intenso mareo, intentaron salir al corredor y se desplomaron. No recuerdan más. ¿Por qué lo ha preguntado, Dolan?

—Por eso —volví a señalar la puerta—. Recuerdo bien que hace unos momentos estaba cerrada. Ahora, tras oírse estas pisadas, está abierta, entornada... Sólo una persona que se metiera allí, hubiese desaparecido tan pronto de nuestra vista...

El doctor Bryce no sabía nada de lo ocurrido, porque no estaba presente al acontecer. Taylor le puso en antecedentes con brevedad, y el ceño del médico aún se nubló más.

—Vamos —dijo—. ¿Viene alguien a comprobar si alguna persona se introdujo allí?

Era como pedir voluntarios para el infierno. Nadie movió un dedo ni dijo una palabra. Me decidí.

—Yo voy, doctor —dije.

—¡No, Jeff! —Protestó vivamente Sharon—. No vayas. Tú no...

La miré con una sonrisa cansada.

—Lo siento, Sharon. Alguien debe comprobarlo. Saldremos de dudas.

El doctor inició la marcha. Yo le seguí. Entramos en las estancias destinadas al cuidado del ya fallecido paciente. No vimos nada especial en

ambas cámaras previas. Todo seguía como antes: las luces encendidas, los muebles en orden... Y nadie por parte alguna. Ni rastro de ser viviente.

Pasamos al punto difícil de nuestra exploración: la cámara funeraria. Vi tragar saliva a un hombre sereno y firme como el doctor Bryce, antes de cruzar el umbral. Yo me sentía tranquilo, seguro de mí. Pero no me gustaba tampoco visitar la soledad de la cámara mortuoria. La luz continuaba siendo tenue allí. El cuerpo en el lecho formaba un bulto inmóvil bajo la sábana. Los aparatos apagados, todo cuanto hizo falta para alargar la vida del paciente, continuaba en su lugar. Ni señal de intrusos de ningún género.

—Vamos —dijo Bryce, impaciente—. Aquí no hay nada. Alguna corriente de aire movería la puerta mal ajustada. Eso debe explicarlo, Dolan.

—Espere —pedí—. Quiero ver si tío Barnaby sigue ahí.

—¡Dios mío! —jadeó, estremeciéndose—. ¿Dónde, si no?

—Es una simple idea. Un intruso podría ocultar el cadáver y ponerse en su lugar, doctor... Sería un escondrijo perfecto.

Avancé hacia la cama de Barnaby Dolan. Sentí aprensión, pero alcé la sábana. Tenía firmes mis dedos. Sin embargo, distaba mucho de sentirme tranquilo.

El rostro yerto, céreo, asomó debajo. Era él. Todo estaba igual. No, no todo.

Sentí un escalofrío. Creo que parpadeé, desorientado.

Ya no había sonrisa en sus labios sin color.

Por un instante su rostro se me antojó duro, frío, implacable. Como una máscara de crueldad y de odio. Respiré hondo. Bryce lo notó.

—¿Qué ocurre? —indagó, yendo hacia mí.

—Nada —bajé la sábana sin querer comentar nada. No sabía por qué lo hacía. Lo cierto es que obré así—. La muerte siempre impresiona. Pobre tío... Vamos, doctor. Coincido con usted. Aquí no ocurre nada especial.

Salimos, cerrando cuidadosamente esta vez la puerta vidriera. Nos esperaban todos, en sobrecogido grupo, en la puerta de la sala. Me sorprendió ver a Howard Renwick con un impermeable y un sombrero puestos.

—No hay nada —explicó el doctor, para alivio de todos.

—¿Qué ocurre, Howard? —Quise saber—. ¿Piensa salir a alguna parte?

—Sí. Me voy de esta casa —anunció el cuñado del difunto—. Estoy harto de toda esta horrible farsa. Ocurra lo que ocurra aquí, no me gusta. Y me voy.

—¿Y pierde su parte?

—Al diablo con ella... y con el alma del viejo Barnaby. Mi hijo Clark prefiere quedarse. Allá él. Yo agoté ya mi paciencia. El viejo es capaz de volver de la tumba para destruir a los que no le queríamos bien. Y yo soy uno de ellos, él bien lo sabía.

—Papá, no hables así —se quejó Clark—. Vete, si lo deseas, pero no pronuncies palabras de esa clase.

—¿Qué te ocurre? —Rezongó su padre—, Nunca adoraste a tu tío, Clark. ¿A qué viene ahora tanto remilgo?

—No sé... Tengo miedo. Prefiero... respetarle, no ofender su memoria —jadeó el joven Renwick, tragando saliva.

—Piense bien lo que hace, Renwick —le avisó Taylor severamente—. Voy a proceder a la lectura del testamento justamente a la una de la madrugada. El quería que se leyera una hora después de morir. Y así se hará. Si cruza esa puerta y sale de la casa, ya no habrá remedio. Lo habrá perdido todo.

—Todo, menos la vida —rió agriamente Renwick—. Todos sabemos que el doctor Kearney no era apreciado por mi cuñado. Equivocó su diagnóstico y eso impidió que pudiera ser atendido de un tumor precozmente. Nunca se lo perdonó. Y apenas exhaló el último aliento, Kearney caía muerto ahí, con el cuerpo desgarrado de forma sobrenatural. Luego están todas esas cosas: risas, pisadas, vidrios que estallan, llamadas telefónicas contestadas desde ultratumba... No, no. No quiero terminar como el doctor Kearney. Me largo de aquí. Les deseo a todos una feliz madrugada en este antro. Y, desde luego, un buen pellizco del maldito dinero de mi cuñado, al que Dios haya perdonado... Buenas noches a todos.

Y se encaminó resueltamente hacia la escalera. Yo, interiormente, aprobé su cobardía y su valor a la vez. Cobardía para huir de un lugar que le asustaba; valor para rechazar una fortuna por la que había ido allí con su hijo Clark...

—Papá... —insistió en vano el joven, con voz débil, siguiéndole con la mirada.

Howard Renwick bajaba ya la escalera resueltamente. Sus pisadas sonaban fuertes en el silencio hueco y sombrío de la casa. Yates asomó abajo, sorprendido, junto a las bastante pálidas y alteradas mujeres, la enfermera Hogan y la doncella Hobson. Miraron a Renwick con extrañeza.

—¿Se marcha, señor? —preguntó Yates, siempre solícito.

—Sí —gruñó Howard—. No se moleste en acompañarme. Sé dónde está el garaje. Yo mismo sacaré mi coche y me largaré de aquí lo antes posible.

De pronto, la sangre se heló en nuestras venas.

Pese a que el doctor Bryce había ajustado cuidadosamente el pestillo de la puerta vidriera color caramelo que nos separaba de las tres habitaciones destinadas al enfermo y, por tanto, también de la cámara mortuoria de Barnaby Dolan, todos nos volvimos sobresaltados cuando se abrió de golpe, como si una fuerte ráfaga de viento o una corriente brusca la impulsara. Sólo que nadie captó la presencia de aire en el corredor.

Sharon gimió roncamente, aferrándose a mi brazo con terror. Bryce pegó un respingo y le oí jurar entre dientes. Los de abajo miraban con fijeza a Howard Renwick.

Y vieron lo mismo que yo vi. Lo que, sacudidos por el horror, vimos todos, sin dar crédito a nuestros ojos.

Repentinamente, Howard Renwick gritó como un animal degollado. Se detuvo, desorbitados sus ojos, fijos en el vacío, en la nada. Alzó los brazos, protegiéndose de algo que sólo él veía.

Y su cabeza, «toda su cabeza», de súbito, se despegó, «se arrancó de cuajo» de su cuello, desgarrándose éste como si unas manazas gigantescas rompieran el cuerpo de Renwick por su punto más frágil, y saltando impetuosa la sangre sus carótidas. Nervios, tejidos, tendones y tráquea colgaron entre chorreones de sangre de aquel cuello brutalmente desgarrado, reventado por una fuerza invisible, mientras su cabeza, rodando escalones abajo, dejaba un reguero escarlata a su paso, y las gesticulaciones mecánicas del despavorido rostro, ponían hielo en nuestras venas y un sudor frío en nuestra piel.

Los chillidos de las mujeres, las imprecaciones de los hombres, el pavor general, convirtió la casa toda en Un caos. Vi caer, nuevamente inconsciente, a la señorita Bobson, la doncella, en brazos de Yates, y tambalearse, apoyada en el muro, a la enfermera Hogan.

El cuerpo brutalmente decapitado de Howard Renwick osciló y siguió el mismo camino de su cabeza, hasta quedar inmóvil al pie de la escalera, tras unos espasmos secos y violentos.

CAPITULO VI

—¡Padre! ¡Padre! ¡Oh, no...!

Los gritos desgarradores de Clark, precipitándose hacia el cuerpo mutilado de Howard Renwick, fue todo lo que se escuchó tras el instante de supremo horror. Cayó sobre el cadáver, estallando en sollozos. Mis ojos buscaron los de Enid, dilatados por el pánico. Me miró ella también. Se estaba persignando, como si aquello pudiese apartar de ella la sombra pavorosa de lo demoníaco que parecía poblar aquella casa.

—Dios mío... —susurré, sujetando a Sharon con fuerza, para evitar que rodase al suelo—. Dios mío...

El doctor Bryce fue el primero en reaccionar. Corrió a reunirse con el joven Clark, para examinar a su padre. Le vi estudiar, muy pálido y ceñudo, el cuello hecho jirones del cadáver. Cuando se incorporó, nos miró aturdido.

—No me lo explico —jadeó—. Es como si le hubieran arrancado de cuajo la cabeza, tirando de su piel, de sus huesos y tejidos con fuerza titánica. No hay cortes. Sólo desgarros, rotos brutales.

—Pero todos vimos que estaba solo al suceder... —comentó Randolph Taylor roncamente—. Igual que en el caso del doctor Kearney...

—Sea ello lo que sea, constituye una fuerza pavorosa —musitó el médico, tomando al joven Renwick por los hombros para apartarlo del cuerpo—. Vamos, muchacho, ya no se puede hacer nada por él... La muerte tuvo que ser instantánea, aunque no nos lo pareciese, por los simple reflejos nerviosos que el cuerpo conserva... Alguien tiene que hacer venir a la policía sin remedio, ya sea telefónicamente o yendo a buscarles...

—Renwick intentó salir de esta casa. Y ya ven lo que sucedió —hizo notar sombríamente Abigail Dolan, la hijastra de Barnaby—. ¿Cómo podemos intentarlo nadie ahora?

Tenía razón. Si alguien que pretendía solamente huir de Dolan Manor moría de ese modo, ¿qué se podía esperar que le ocurriese a quien pretendiera traer aquí a la ley?

—No podemos quedarnos cruzados de brazos ante estos horrores —apoyó con energía McVane, intensamente lívido—. Algo ha de hacerse, al riesgo que sea.

—Falta poco para la una, señores —dijo Taylor, que conservaba su lucidez y serenidad pasmosamente, aunque el color de su cara empezaba a ser ceniciento—. ¿Por qué no esperan a la lectura del testamento, y luego se intenta lo que sea?

Miramos de modo instintivo al reloj del vidrio pulverizado. Era cierto. Sólo faltaban unos siete minutos para la una de la madrugada. Abigail reveló su firmeza de carácter en ese momento.

—Iré a traer más café —dijo—. Y esperaremos a esa lectura, si están todos de acuerdo.

Tal vez no lo estuviéramos, pero nadie objetó nada. Yates no podía ocuparse de nosotros, dedicado como estaba a ayudar a las dos mujeres en la planta baja. Sybil, la hermana de Barnaby, impulsivamente se unió a la hijastra del difunto:

—Iré contigo. Nadie debe quedarse solo por nada del mundo. Puede ser una buena precaución.

—¿Contra qué?... —comenté con amargo sarcasmo—. Kearney y Howard estaban ante todos nosotros cuando... cuando «eso», lo que sea, les aniquiló. Parece que en este caso, la soledad o la compañía importan poco...

Nadie me replicó, porque yo tenía razón. Pese a todo, Sybil y Abigail bajaron juntas las escaleras, utilizando un lado de la misma, para no pisar la sangre dejada por Renwick.

Yo fui a la puerta vidriera y asomé al exterior, antes de ajustaría de nuevo. No había cambiado nada allí. Pero la puerta se abrió violentamente cuando moría Howard de tan horrible forma... Eso no podía olvidarlo.

A los tres o cuatro minutos las dos mujeres estuvieron de regreso con un pote grande, repleto de café. Empezaron a distribuirlo en las tazas vacías. Randolph Taylor carraspeó, poniéndose unas gafas y sentándose en la mesa del fondo, en un butacón de cuero de alto respaldo. La sangre fría del abogado empezaba a maravillarme. Allí estaba, tan tranquilo, dispuesto a cumplir con su deber profesional, ocurriera lo que ocurriera en torno suyo.

Nos fuimos sentando en diversos asientos, y algunos, como el infortunado Clark Renwick, permaneció en pie, sollozando ahogadamente por la muerte de su padre. Yo tampoco me senté, aunque permanecí apoyado en el brazo de la butaca que ocupaba mi mujer. Nunca la había visto tan sobrecogida, tan rota, tan hundida como en estos momentos. Ni siquiera parecía ella. Sus amigas de Londres no la hubieran reconocido. A mí mismo me costaba trabajo hacerlo. Y empezaba a sentir compasión por ella.

Le oprimí una mano con calor, tratando de inyectarle energía, calma. Me miró, con ojos apagados y tristes, e incluso esbozó una leve sonrisa de gratitud. Lo dicho, estaba desconocida, aunque posiblemente en cuanto saliéramos de aquellos muros embrujados, volvería a ser la Sharon de siempre.

Mi mirada y la de Enid se cruzaron inmediatamente después. Ella permanecía cerca del fuego de la chimenea, con los brazos cruzados sobre su pecho, de modo que ambas manos oprimieran sus hombros. Formaba un cuadro casi patético, con su joven belleza apagada por el terror y la angustia. Traté de sonreírle animosamente, y ella me respondió con un débil esfuerzo, logrando apenas la sombra de una sonrisa en sus labios bien dibujados.

—Bien, señores... —comenzó la voz solemne de Taylor, elevándose fría e impersonal en la amplia sala, como si nada hubiera sucedido, como si aquella madrugada fuese una de tantas y su labor de albacea se limitase a la más vulgar rutina—. Como ya les he dicho anteriormente, mi misión de hacer que se cumpla la última voluntad del difunto Barnaby Dolan me exige que, en

estos momentos, cuando lea uno por uno los nombres que figuran en el anexo de su testamento, cada uno de los presentes responda de viva voz, para comprobar su ineludible presencia en este acto... Sybil Dolan.

—Presente —dijo la hermana de Barnaby.

—Abigail Dolan.

—Aquí estoy —corroboró la hijastra secamente.

—Howard Renwick.

Un silencio profundo, mortal. Su hijo ahogó un sollozo. Taylor, inmutable, se limitó a hacer una cruz en forma de aspa junto al nombre.

—Ausente —carraspeó—. Los motivos no cuentan, señores... Clark Renwick.

—Sí... —un hilo de voz brotó de labios del muchacho—. Sí...

Taylor le miró. Pareció que iba a exigirle otra forma de identificarse, pero no dijo nada. Siguió citándonos a todos:

—Walter McVane.

—Por supuesto, ya sabe que he venido, Taylor —refunfuñó el hijo ilegítimo.

Taylor pasó por alto el comentario.

—Jeffrey Dolan —me nombró.

—Presente, abogado —contesté.

—Enid Forrester —concluyó él fríamente.

—Sí, aquí estoy —contestó débilmente la muchacha, estremeciéndose.

—Bien. Todos menos uno, escucharán la última voluntad del difunto Barnaby Dolan. Les ruego escuchen previamente una última advertencia: los aquí citados han estado presentes en su noche de agonía, como él exigió, y también habrán de estarlo durante la madrugada de la vela del cadáver, hasta que el primer rayo de luz diurna asome por el horizonte, momento en que quedarán liberados de toda obligación, y solamente aquellos que así lo deseen, libres de todo compromiso, pueden continuar cerca de él, sin que ya afecte para nada a las consecuencias de este documento.

Volvió a carraspear, haciendo una pausa. Ante nuestro silencio, rasgó un sobre lacrado que acompañaba al documento previo, y desplegó una serie de folios escritos cuidadosamente, y firmados por varias personas, con el sello de la firma de abogados de Leeds. Todos aguzamos el oído cuando comenzó Taylor la lectura:

—«Por el presente documento, firmado ante testigos, y nombrándome a mí, abogado Randolph Taylor, albacea testamentario para que lleve a buen fin todos y cada uno de mis deseos aquí expresados, manifiesto yo, Barnaby Dolan, que en plena posesión de mis facultades mentales, vengo en repartir mis bienes entre mis parientes y familiares vivos de la siguiente forma:

»A mi hermana Sybil, lego esta finca de Dolan Manor, que tendrá obligación de sostener y cuidar hasta el fin de sus días, resida o no en ella, junto con la suma de quinientas mil libras en efectivo.

»A mi hijastra Abigail Dolan, lego otras quinientas mil libras, y mis

propiedades de York, para que haga con ellas el uso que juzgue oportuno.

»A mi hijo no reconocido, Walter McVane, lego la suma de trescientas cincuenta mil libras y un piso en Londres, junto con el deseo de que, si él así lo quiere, pueda ostentar en lo sucesivo mi apellido con toda legalidad, ya que en este documento así le reconozco, como hijo mío natural.

»A mi cuñado Howard y a mi sobrino Clark Renwick, lego, por partes iguales, la suma de trescientas mil libras y el otro piso de Londres, para que ambos se repartan su herencia equitativamente.

»A mi sobrino Jeffrey Dolan le dejo doscientas cincuenta mil libras y una pequeña propiedad en Norfolk, que podrá conservar o vender, según prefiera.

»A Enid Forrester, qué pudo haber sido mi esposa y se negó a ello, dejo en legado mis acciones y títulos bancarios, con un importe total de doscientas mil libras, más cien mil en efectivo, sin derecho de ninguno de mis parientes a impugnar tal decisión bajo concepto alguno, puesto que yo así lo dispongo como última voluntad mía.

»Y, finalmente, a mis leales sirvientes Jasper Yates y Laura Hobson, les dejo las tierras de Leeds, situadas a dos millas de Dolan Manor, y una cantidad de cinco mil libras a cada uno de ellos, en agradecimiento por sus fieles servicios.

»Este es mi deseo, y así se hará. Todo heredero que se halle ausente en el momento exigido por el documento anexo, quedará automáticamente descalificado para recibir su parte, que pasará a engrosar proporcionalmente la de los demás, labor que encomiendo a mi albacea testamentario. Caso de ser mayoría los ausentes, la mitad de las sumas a percibir por todos ellos pasarán a formar una donación para fines benéficos, repartiéndose la otra mitad proporcionalmente entre los presentes.»

Taylor leyó los últimos formulismos y cerró el documento, levantando sus ojos pensativos hacia nosotros. Nadie habló ni comentó cosa alguna.

—¿Han comprendido bien los términos del testamento?

Hubo un general asentimiento de cabeza, y nada más. Ninguno de los presentes objetó cosa alguna, aunque era obvio que algunos apartados del testamento, como la parte correspondiente a Enid Forrester, no les gustaba en absoluto. En otras circunstancias estoy seguro de que aquello hubiera armado revuelo. Ahora había otros temores, otras preocupaciones en la mente de cada uno de nosotros, para pensar en objeciones y en protestas.

—Les recuerdo que todas estas cláusulas dejarán de surtir efecto si deciden ustedes, por la razón que sea, marcharse de esta casa antes del nuevo día.

Era muy pronto aún. Y en Leeds amanecía tarde en esta época del año. Nos quedaba por delante una larga serie de horas. Horas de temor, de angustia, de tensión, tal vez de peligro, de sangre y de terror...

Pero nadie pensaba en abandonar a estas alturas. Nadie quería cometer el mismo error que Howard Renwick. Aunque yo me preguntaba interiormente cuál fue con exactitud su error, si pretender marcharse... o insultar la memoria de Barnaby Dolan.

—Bien, señores. Ahora que están enterados de todo, ya saben a qué atenerse. Yo, como albacea testamentario, debo dar fe de que ustedes cumplen su compromiso, por lo que no puedo tampoco abandonar esta casa. Si bien, entre nosotros, les confieso que lo haría gustosamente ahora mismo.

—¿Por qué no hacer trampa, señor Taylor? —Sugirió cínicamente Sybil—. Si todos nos ponemos de acuerdo...

—Señora Dolan, están mi ética y mi honestidad —cortó fríamente Taylor —. ¿Qué clase de asesor legal sería yo, si fuese el primero en faltar al sagrado deber de responder a la confianza de mis clientes?

Sybil se mordió el labio inferior, como si se avergonzase de su insinuación. Como hermana de Barnaby, se llevaba la mejor parte. Pero estaba seguro de que la idea de conservar Dolan Manor no le seducía lo más mínimo.

—Y ahora que ya sabemos todo, ¿qué hay de la policía? —preguntó bruscamente Walter McVane—. Alguien tiene que saber lo que ocurre aquí...

—Sí, pero ¿cómo? —murmuró Taylor, malhumorado.

—Señores, yo no pinto nada ya aquí —terció el doctor Bryce, tras mucho meditarlo mientras escuchaba un testamento que a él no le afectaba en absoluto—. Puedo intentar salir de la casa con mi enfermera, la señorita Kathy Hogan, e ir en busca de la policía. No creo que eso sea peligroso. Yo no soy un Dolan, después de todo.

—Tampoco su colega, el doctor Kearney, lo era —le recordó secamente Abigail Dolan.

—Cierto —Bryce apretó los labios—. De todos modos, habré de correr ese riesgo, señores. No estoy dispuesto a prolongar ya mucho más mi estancia aquí. Esta madrugada es de ustedes, no mía. Firmaré la defunción del señor Dolan para cuando llegue la ley. Y eso será todo.

Extrajo un certificado que extendió con rapidez, firmándolo luego. Se lo tendió al abogado Taylor, que asintió con la cabeza. Cuando manifestó que iba a marcharse ya, creo que muchos de nosotros sintieron envidia manifiesta. Pero nadie intentó seguirle.

La enfermera Kathy Hogan se apresuró a recoger su abrigo y sombrerito en cuanto el médico le indicó que se marchaban. Jasper Yates y Laura Hobson fueron informados de su legado por la propia Sybil. No se mostraron particularmente emocionados por ello, aunque era evidente que les sorprendía la generosidad de su antiguo patrón.

—Nosotros tampoco nos ausentaremos —dijo Yates—. Y no es por la herencia. Tanto Laura Hobson como yo hemos decidido permanecer aquí con ustedes hasta el último momento.

El doctor Bryce reapareció con su impermeable puesto, y un paraguas en su mano.

Estaba ligeramente pálido, pero decidido. La lluvia en el exterior, según explicó Yates, seguía cayendo, pero no torrencialmente. En automóvil no habría el menor problema para abandonar Dolan Manor. Lo importante estribaba en otro punto: si llegarían a bajar aquélla siniestra escalera

ensangrentada, cruzar el hall y pisar el exterior sin que de nuevo cayera sobre alguien el horror invisible que destrozaba los cuerpos humanos...

Tal vez por ese morboso recelo, todos estábamos agrupados en el corredor, asomados a la balaustrada de la gran escalera, cuando el médico y la enfermera iniciaron el temido descenso con firmes pisadas. El doctor era el más seguro de ambos. Le vimos tomar por un brazo a Kathy Hogan, para ayudarla a mostrarse dueña de sí y no vacilar.

En el vestíbulo, Yates y la señorita Hobson esperaban, con la mirada fija en ambos, tan preocupados y en tensión como todos nosotros. Los segundos eran eternidades. Cada pisada de la pareja, un infierno de incertidumbres y temores.

Llegaron abajo sin novedad. Pasaron junto a una enorme mancha roja que salía de la sábana arrojada sobre el decapitado cuerpo de Howard Renwick y su cabeza. Ni siquiera miraron al suelo, tal vez para no debilitar su fortaleza.

Ya estaban en el vestíbulo. Yates les abrió la puerta. Su mano no era firme.

—Bien, señores. Buenas noches —saludó el jardinero con voz insegura.

—Adiós, Yates —se despidió Bryce, dueño de sí, con una sonrisa—. Ya nos veremos. Les deseo lo mejor a ambos. Nos fue muy útil como improvisada enfermera, señorita Hobson. Debería haber continuado sus estudios.

—Me hubiera gustado, doctor —sonrió débilmente la doncella—. Pero no siempre se hace lo que uno desea...

Bryce asintió. Ya pisaba el umbral de salida. Y no cedía nada. Otro paso, y la enfermera Hogan estaba fuera. El médico la siguió. Había resultado. Yates cerró la puerta con un suspiro. Creo que todos sentimos un alivio infinito, profundo.

Dos personas, dos seres humanos, habían logrado abandonar la casa sin problemas. Ahora podrían avisar a la policía, y la pesadilla sería más llevadera para nosotros.

Iniciamos el regreso a la sala. Alguien comentó con relajamiento:

—Sea lo que sea, parece haber pasado. No creo que suceda ya nada a nadie...

Era un comentario optimista. Demasiado optimista, a mi juicio. Hubiera querido pensar igual, pero no me sentía tan exultante en mis ideas. Llevaba del brazo a Sharon. Por vez primera en mucho tiempo, mi mujer se mantenía pegada a mí, como buscando mi protección. Estaba sumisa, dócil, amedrentada. Era lo único positivo de todo aquello. Oprimí su brazo con firmeza. Me miró.

—Animo — le sonreí—. Todo va a ir bien, Sharon.

—Dios te oiga, Jeff —musité—. Si supiera que podíamos salir de aquí como ese médico y su enfermera, sin que nada nos amenazase, renunciaría gustosa al legado.

—¿Renunciar a doscientas cincuenta mil libras y una propiedad en Norfolk? —sonreí—. Estás muy cambiada, Sharon...

—No, no es eso. Sigo siendo tan ambiciosa como antes. Pero tengo miedo...

Miedo. Era la palabra común a todos. Un miedo profundo, intenso. ¿A qué? ¿A quién? Ni siquiera lo sabíamos. Tal vez eso era lo más terrible. Uno siente más terror a lo desconocido que a lo que tiene una forma tangible, una naturaleza concreta.

Casi nos tropezamos con Enid Forrester, que estaba apoyada en el quicio de la puerta del salón, abstraída, distante, con sus ojos fijos en el vacío.

—Oh, disculpa —le dijo, tomándola por un brazo.

—Disculpad vosotros —sonrió ella, distraídamente—. Estaba como ausente.

—¿Te encuentras bien? —indagué.

—Sí, Jeff, gracias —asintió—. Dentro de lo posible en estas circunstancias, no me encuentro demasiado mal.

Se alejó, caminando despacio, hacia el fuego de la chimenea. Cosa rara: miré a Sharon de reojo. Ni siquiera se mostraba irritada o celosa por mi breve charla con Enid. Su rostro permanecía sereno, aunque demacrado, y parecía tan ausente ahora como la propia Enid cuando tropezamos con ella.

Súbitamente, un grito llegó a nosotros.

Era de mujer. Y venía del exterior esta vez. De fuera de los muros de la casa.

Creo que fue como una sacudida de alta tensión para nosotros. Nos volvimos, sobrecogidos. Yates soltó una imprecación allá abajo, y corrió hacia la puerta principal.

—¡La enfermera Hogan! —Gritó el jardinero—. ¡Era ella! ¡Algo sucede!

—Dios mío —murmuré—. No, no es posible que otra vez...

Y soltando a Sharon, di media vuelta impulsivamente, y corrí escaleras abajo, en ayuda del valeroso Yates. Fuese lo que fuese aquello con lo que iba a enfrentarse, no lo haría él solo. Ni tampoco yo. Sentí tras de mí las recias pisadas de Walter McVane, siguiéndome decidido.

—¡Jeff, ten cuidado! —gritó Sharon, demudada, apoyándose en la barandilla.

Llegamos a la puerta. Asomamos al exterior. La cortina de lluvia era poco intensa pero persistente. Frente a la casa estaba detenido el coche del doctor Bryce. La enfermera Hogan seguía gritando, presa del pánico. Yates proyectó un chorro de luz de una linterna que tomó de encima de una mesa del hall, para averiguar las causas de su terror. Todos esperamos ver algo horrible nuevamente.

En realidad lo era, pero no tanto como habíamos temido por unos interminables y angustiosos momentos.

Al menos, ni la enfermera ni el médico parecían atacados por el fantástico poder destructivo y sanguinario que aniquiló a Kearney y a Renwick. Pero no resultaba nada alentador, nada lógico ni razonable lo que nuestros dilatados ojos podían presenciar en estos momentos, allá en la oscura noche, bajo la

lluvia...

—Cielos, doctor Bryce, ¿qué está ocurriendo? —fue la frase ronca, entrecortada, que escapó de labios de Walter McVane—. ¿Qué es «eso»?

CAPITULO VII

«Eso», ni más ni menos, era el propio coche del médico.

Un moderno «Austin» oscuro, sobrio y elegante. Un coche aparentemente normal. Pero en el que no sucedía absolutamente nada «normal», ante el horror de médico y enfermera, testigos despavoridos del fenómeno que tenía lugar ante nuestros ojos.

El tapizado del vehículo estaba desgarrándose por sí solo. La capota se había levantado y el motor se retorcía, como si estuviera vivo, desgajándose sus tubos y saltando las tapas de sus depósitos. La gasolina era derramaba como negra sangre de sus reventadas arterias, y puertas y ventanillas saltaban asimismo, una por una, estallando sus vidrios como por arte de magia.

Finalmente sus neumáticos se hundieron, deshinchados, pero no con señales de pinchazos o cortes profundos, sino virtualmente reventados, desgarrados, hechos trizas de goma oscura, como piltrafas inútiles... El oscuro «Austin» se aplastó sobre el mojado terreno de grava, osciló lastimosamente, mutilado y maltrecho, incapaz de moverse una sola pulgada. El volante se desprendió de su árbol y rodó por el suelo, bajo la mirada casi hipnótica del aturdido doctor Bryce.

—Calma, calma, señorita Hogan —pedí, al ver que seguía gritando ante aquel destrozo inexplicable, como si manos invisibles y violentas gozasen machacando el vehículo del doctor—. Serénese, por favor... Vengan aquí los dos. Ya no pueden usar este vehículo... y mucho me temo que ningún otro.

—¿Cree que «todos» sufrirán la misma suerte horrible, señor Dolan? —dudó Yates, volviendo hacia mí su angustiada faz.

—Si intentan alejarse de aquí, sí —afirmé, rotundo—. Estoy convencido de ello.

—Eso significa... que «nadie» puede abandonar esta casa...

—Exacto, doctor Bryce —vi cómo el poder destructor se detenía, ahora que el «Austin» era ya una pura chatarra inútil—. Creo que algo o alguien tratan de impedir que la policía sepa lo que está sucediendo aquí. Nadie podrá abandonar Dolan Manor... en tanto dure la noche. Lo presiento. La próxima vez puede ser peor, doctor. Puede ocurrir que ese poder demoníaco se ensañe en un ser viviente y no en un coche...

—Cielos, todo esto parece arte de magia, hechos diabólicos sin explicación lógica aparente, Dolan...

Moví la cabeza afirmativamente. El médico y su enfermera entraron con rapidez en la casa. Yates cerró la puerta, casi con un suspiro de alivio. El silencio en el exterior, tras la destrucción increíble del coche, era absoluto, total. Sólo se escuchaba el rumor de la lluvia en la hojarasca del jardín.

—Estoy de acuerdo en parte con usted, doctor —asentí, sombrío—. He leído muchas veces en viejos códices, en inscripciones y en monumentos del pasado, la existencia de cosas que el hombre no podía entender. En muchas

ocasiones parecían ser simple leyenda, fantasía de los tiempos en que el ser humano ignoraba muchas cosas de la ciencia actual. Pero ahora... me pregunto si no serían ciertas. Si no habría mucha verdad en hechos de otros tiempos, en aparentes sucesos sin explicación posible, viejos como el mundo...

—¿Qué quiere decir, Dolan? —jadeó el médico, todavía impresionado.

Le miré. Y miré a todos los que, agolpados arriba, asistían a los nuevos fenómenos sin entender una palabra de todo ello.

—Quiero decir que muchas supersticiones pudieron no ser tales, doctor. Aquí estamos ahora un puñado de seres humanos de un sofisticado siglo XX, en su período más avanzado y tecnológico, cuando la ciencia trata de explicarlo todo, enfrentados a cosas que nada ni nadie pueden explicar razonablemente. Y estamos tan asustados como nuestros antepasados podían estarlo ante un suceso de apariencia sobrenatural.

—¿Es que puede ser natural algo de lo que esta noche ocurre aquí? —dudó Yates.

—No, no lo es en absoluto. Pero creo saber a qué nos enfrentamos, amigos míos.

—¿Usted... «lo sabe»? —vaciló Bryce, estupefacto.

—Al menos, lo sospecho. Hay algo en esta casa, un poder que no es de este mundo. Una fuerza capaz de triturar o desgarrar a seres vivientes y aplastar y destrozar vehículos o cualquier otra cosa... Y creo saber lo que es.

—Dígalo de una vez, por el amor de Dios —suplicó el médico, mirándome impaciente.

Vacilé. Luego se lo dije:

—Esta fuerza está en... «en mi tío Barnaby Dolan».

Un silencio de horror y estupefacción acogió mis palabras. La voz de Yates era casi un chillido cuando me interpeló:

—¿Cómo puede decir eso? ¡Dolan «está muerto»!

—Sí, lo está. Pero el poder viene de él, de su mente, de algo en él que aún vive, que permanece quizá flotando entre la vida y la muerte, en esa frontera intangible que se halla entre este mundo y el otro...

—Es sólo una teoría fantástica, amigo mío —jadeó Bryce—. La ciencia niega que...

—¡La ciencia! —Repliqué con sarcasmo—. ¿Y qué dice «su» ciencia de lo sucedido aquí esta noche ante nuestros, ojos? ¿Qué, sobre el destrozo de su colega, qué sobre la decapitación de Renwick, qué sobre ese automóvil triturado, qué sobre tantas cosas inexplicables, como el reloj roto, la risa que llega de alguna parte, las pisadas de alguien a quien no vemos?

—Telequinesia, parapsicología tal vez... —musitó débilmente Taylor.

—Fenómenos explicados por las paraciencias, ¿no?... —reí con amarga ironía—. ¿«Todo» puede explicarse así de forma convincente? ¿Que sabemos de la muerte, qué de lo que el ser humano es capaz de hacer en su tránsito a las tinieblas eternas? Yo he visto la sonrisa grabada en el rostro de mi tío

cuando murió. Esa sonrisa «se borró» luego, sin explicación aparente.

—Pudo ser imaginación suya, Dolan. O una contracción muscular nada excepcional —argumentó el doctor Bryce.

—Pudo serlo, lo admito. ¿Y los pasos que se dirigen a la cámara fúnebre?

—No puedo imaginarme un cadáver en movimiento, yendo de un lado para otro —clamó Taylor, malhumorado.

—Yo también. No es eso lo que dije. Hable de un «poder». De una fuerza irradiada por alguien en esta casa. Una fuerza almacenada, según creo, en el propio Barnaby Dolan, mi difunto tío, y liberada después de su muerte clínica, cuando quizá el hombre, el ser humano, aún no ha muerto del todo y está en tránsito de su vida anterior al reposo eterno...

—Si se refiere al cerebro, ya está totalmente paralizado, incapaz de emitir energía alguna. No hay actividad cerebral en ese cuerpo, se lo garantizo, Dolan —aseguró con énfasis el doctor Bryce.

—¿Cómo puede saberlo? ¿Qué clase de fuerzas se desencadenan más allá de la vida, si la persona que muere tiene una idea previa, si ya en vida proyectó acumular esa energía y desatarla contra quienes odiaba o quienes le odiaban a él?

—¿Qué... qué pretende decirnos con eso, Dolan? —se agitó Taylor.

—Recuerden qué personas han sido, hasta ahora, víctimas de ese extraño poder llegado de ninguna parte —evoqué con voz sorda—. Por un lado el doctor Kearney, que cometió un grave error clínico al diagnosticar tardíamente la dolencia de mi tío. Fue una negligencia que pudo desencadenar su agonía y muerte, ¿no es cierto, doctor Bryce?

—Vistas así las cosas, sí, es cierto, pero ningún médico se equivoca intencionadamente para dañar a su paciente...

—Lo sé. Para Barnaby Dolan, sin embargo, ese fallo significaba la muerte cierta. Es lógico que sintiera odio hacia su colega, doctor Bryce.

—Es posible, pero...

—Luego, tenemos a Howard Renwick —proseguí pacientemente, sin hacerle el menor caso.

—¿Qué puedes decir de mi padre, Jeff? —se irritó Clark, encarándose conmigo.

—Sólo lo que todos saben: no sentía el menor afecto por Barnaby Dolan. Y en el momento de desencadenarse su espantosa muerte, recuerden lo que estaba hablando en la escalera: mencionaba al doctor Kearney y a su muerte, a la circunstancia de suceder todo cuando murió su cuñado... Quería huir de algo. Tal vez del difunto, de lo que intuía que podía ser... una venganza desde más allá de la tumba. Y estuvo a punto de lograrlo. Pero algo o alguien no quisieron que fuese así. ¿La energía liberada por mi tío muerto? Es posible. La misma energía que hace sentir pisadas fantasmales, que borra una sonrisa del rostro de un cadáver, que destruye un reloj o un automóvil, que tritura y desgarra un cuerpo vivo hasta destruirlo, que neutraliza una línea telefónica y la conecta con un interlocutor en el reino de los muertos...

—Dios mío, Jeff, no hables así —oí sollozar a Sharon, en lo alto de la escalera—. No sigas diciendo esas cosas... Si estás en lo cierto, serás la siguiente víctima de tu tío Barnaby, estoy segura...

—No, querida —sonreí, moviendo negativamente la cabeza—. Tío Barnaby me quería. Se despidió de mí. Me habló de cosas extrañas que entonces no entendía y ahora empiezo a verles sentido... No, Sharon. Creo que estoy al margen de todo riesgo, que ese poder terrorífico no se dirigirá contra mí... Entre otras cosas, porque no puedo odiar a tío Barnaby. Nunca le odié. Nunca ambicioné su dinero. No deseo otra cosa que ver terminada esta pesadilla. Pero mucho me temo que, mientras duren las ambiciones, la codicia, la falta de amor entre los que aquí estamos, esa fuerza que dejó liberada Barnaby Dolan al morir, pueda desencadenar su terrible poder destructor sobre otros muchos de nosotros, antes de que el tránsito se realice, y la verdadera muerte, el silencio, la oscuridad, la Nada, envuelvan a nuestro infortunado tío en el auténtico reposo, en la eterna paz que ahora, no sé por qué, él renuncia a disfrutar más allá de la línea de la vida...

—Jeff, quiero pedirte algo... —susurró mi mujer con voz apagada, temblorosa, como nunca la había oído antes.

—¿Cuál? —demandé, mirándola.

—Vámonos de aquí. Ahora mismo. Renuncio a todo. A ese dinero, a la herencia de tu tío, a cuanto pueda significar esta casa y todo lo que en ella existe o ha existido...

—¿De veras, Sharon? ¿Serías capaz de renunciar a todo lo que ambicionas, a lo que nos ha traído aquí, a lo que por nada del mundo deseabas perder? ¿Y tus ambiciones? ¿Y tu egoísmo natural?

—Jeff, por el amor de Dios —me suplicó ella, muy pálida, casi patéticamente—. Ya me has oído. No deseo nada. Sólo sobrevivir. Estar lejos de aquí, a salvo. Eso es también una forma de egoísmo. Y también deseo que tú sigas vivo y lejos de todo riesgo, ¿me crees? Una persona puede cambiar de la noche a la mañana, aunque sólo sea por miedo...

—Sí, Sharon, te creo —suspiré, afirmando lentamente con la cabeza—. Pero no podemos irnos aún...

—Jeff, por favor...

—Espera. Nos iremos. Pero antes quiero hacer algo. Algo que he estado tentado de hacer siempre... a menos que el señor Taylor ponga alguna objeción a ello.

—¿A qué concretamente, señor Dolan? —los ojos inquisitivos del abogado me escudriñaron, recelosos.

—A abrir la puerta cerrada. La habitación secreta de Barnaby Dolan —dije escuetamente, sosteniendo su mirada.

—¿La del viejo torreón? —Taylor se estremeció, dilatando sus pupilas con algo que se parecía mucho al horror—. Usted sabe lo que le dije. Figura en el documento anexo al legado... Nadie puede abrir bajo pretexto alguno esa puerta... o queda automáticamente desheredado.

—Lo recuerdo muy bien. ¿Por qué no leyó eso mismo a todos?

—¿De qué habitación se trata? —indagó vivamente Clark Renwick, con expresión de estar totalmente fuera de juego en el asunto.

—Yo podría decírtelo, primo —rió sordamente Walter McVane, terciando en la escena con aire sardónico—. Te lo dije, primo Jeff. Mi padre me daba miedo. Ese es uno de los motivos: su habitación secreta, la llave que no aparece, el legado que prohíbe entrar en ella, bajo la doble amenaza de ser desheredado y arrostrar un peligro terrible... Tienes razón en tus teorías, Jeff. Clark lo ignora, como lo ignoran los demás. Pero Howard y yo lo sabíamos. Sólo que Howard no lo creía... y yo sí. Creo en el Mal. Creo en ese poder maligno que vive aquí, entre nosotros, con vida propia, liberado por una mente que deseó sobrevivir a la muerte del propio cuerpo que la encerraba. Tío Barnaby no existe. Pero la energía, el poder mental que él liberó, está aquí, acompañándonos, destruyendo, matando... ¿De veras tendrías suficiente valor para cruzar esa puerta hermética, Jeff?

—Sí —afirmé, rotundo—. Lo tendré.

—Aunque ello fuese posible, Jeff... la llave no existe, ya se lo dije —habló débilmente el abogado Taylor.

—Una llave se puede imitar. Hay ganzúas, alambres, llaves maestras... Entraré.

—¡No, Jeff! —clamó Sharon, angustiada—. ¡No lo hagas! Es mejor marcharse. Vámonos ya, de una vez por todas...

—Lo siento, Sharon. No pienso irme sin conocer el verdadero secreto de Barnaby Dolan, por terrible que sea. Entraré solo, si nadie tiene valor para acompañarme.

—Está bien —Sharon, lívida, respiró hondo. Se irguió—. Yo iré contigo.

—¿Tú? —la miró atónito—. No puedes hablar en serio...

—Iré. Que sea de ambos la misma suerte, buena o mala —confirmó ella con energía—. Y si algo te sucede a ti y yo sobrevivo... que tu tío Barnaby jamás descanse en la paz del Señor, como todos los muertos. Es lo único que pido.

—¿Y si nos sucede a ambos?

—Que Dios le perdone por el mal que a mí me cause, pero lo tendré merecido, si realmente puede ver, desde donde está ahora, sea la muerte o sea la mitad de su camino hacia ella, ya que no siento por él ni por su memoria el menor afecto. Odio a alguien que es capaz de llevar su crueldad hasta esos límites, esté vivo o muerto.

—No, no sigas —pedí—. No quiero que esa fuerza maléfica te alcance, Sharon. Piensa que su voluntad ya no debe contar. Liberó una fuerza antes de morir, y ahora esa fuerza posee vida propia, tal como la concibió mi tío. No, no debes venir conmigo. Será lo mejor.

—Yo iré contigo, Jeff.

Era ella la que se ofrecía. Serena, tranquila, fría e indiferente, como si no temiera a la muerte ni al horror que la provocaba. La miré. Luego miré a mi

mujer, temiendo su reacción violenta y celosa contra Enid Forrester.

Sorprendentemente, no sucedió nada de eso. La vi relajada. Respiró hondo. Me miró en silencio. Luego, cuando estudió a Enid, no reveló tampoco especial animosidad.

—Sí, creo que es mejor —suspiró—. Ve con ella, Jeff. Después de todo, juntos entrasteis a ver por última vez a Barnaby Dolan. Tal vez os respete sólo por ello. Lo que deseo es que no te suceda nada. Pero recuerda esto, Jeff: si tú no te marchas de aquí una vez entres en esa habitación, yo lo haré sola... ocurra lo que ocurra. Creo que ya ni siquiera siento miedo de nada ni de nadie.

Dudé. Luego, al mirar a Enid, descubrí una intensa calma en su rostro joven y risueño, en su mirada profunda y grave. Parecía decidida a cumplir un destino que, quizá, se nos había fijado ya a ambos cuando estuvimos ante el moribundo.

—Bien —dije, lentamente—. Adelante, Enid. Vamos a intentarlo. ¿De veras crees que todo irá bien?

—No lo sé, Jeff. Pero si alguien ha de entrar allí, creo que ése eres tú. No te sucederá nada, si tu tío es quien desencadenó esta energía destructora. Espero que tampoco me suceda a mí...

—¿Y si sucede?

Se encogió de hombros con tenue y triste sonrisa. Me impresionó su valor.

—Sea lo que sea, hay que arrostrarlo —dijo con lentitud—. Todo es preferible a sentir miedo. Incluso afrontar el riesgo...

Taylor nos miró cuando empezamos a subir la escalera. Yates y la señorita Hobson parecían petrificados por el terror.

—Aún está a tiempo, Dolan —me dijo el abogado roncamente—. Yo que usted, no iría.

—Es inútil lo que diga —sonreí—. Estoy decidido.

—Renunciar a una herencia así... y correr un peligro cierto. No tiene sentido.

—Quizá —me encogí de hombros—. Pero tampoco lo tiene dejarse vencer por el miedo y aceptar los hechos consumados. Algo siniestro, satánico, se ha desencadenado hoy entre estas paredes. Es posible que aún estemos a tiempo de evitar que crezca y se desencadene con mayor virulencia...

—Nadie puede nada contra las fuerzas del Mal, Jeff —me recordó sombríamente Walter McVane—. Y menos aún contra algo que viene de ultratumba, del mundo de los muertos...

—No es seguro que sea exactamente eso —rechacé—. Las fuerzas se liberaron durante el estado de coma de tío Barnaby... y él mismo, durante un tiempo, es posible que esté en tránsito en esa zona desconocida que separa las fronteras de la Vida y de la Muerte, esa margen que nadie conoce, y que cuando llega a ser conocida... uno se lleva el secreto a la tumba para una eternidad.

—Insinúas... ¿insinúas que hay algo que ignoramos, entre el momento de

dejar esta vida y morir realmente? —preguntó Enid con voz apagada, temblorosa.

—No sé qué pensar —murmuré—. Ese algo que jamás podremos saber ninguno mientras vivamos. Sólo tío Barnaby tendría ahora la respuesta. Y él ya no está entre nosotros más que con sus restos mortales que se hielan en la cámara mortuoria... Vamos, Enid. Que Dios nos ayude.

La tomé por una mano. Echamos a andar hacia la escalera. La voz de Yates nos llegó, distante y trémula:

—El torreón, señor... está más allá de la cámara mortuoria, en el corredor que se extiende tras la puerta del fondo... Justo al final verá la puerta cerrada. ¿Cree que podrán abrirla?

—Lo intentaré, cuando menos... —dije lentamente—. Traiga alambres y cable fuerte, viejas llaves y todo lo que encuentre por ahí.

—Sí... Sí, señor —jadeó el jardinero—. Pero no quisiera estar presente cuando...

—¿Cuando abra la puerta? —reí entre dientes con tono sordo—. No tema. Nadie, salvo la señorita Forrester y yo estaremos ante esa puerta en ese momento...

Y así fue.

Cuando logramos abrir la recia puerta de madera y hierro que se mantenía hermética en el viejo torreón del extremo del edificio Victoriano, sólo Enid y yo estábamos ante la pesada hoja que chirrió sobre sus goznes, abriéndose lenta, muy lentamente, como podía hacerlo la tapa de un viejo ataúd...

Una oscuridad helada, un soplo de hedor a cerrado, a moho y a olvido, hirió nuestro rostro y nuestro olfato. Retrocedimos. Nos miramos, entre angustiados y confusos.

¿Qué podía esperarnos dentro de la hermética sala clausurada por Barnaby Dolan?

Sólo había un modo de saberlo. Sobre todo ahora, que habíamos logrado accionar la cerradura con una vieja llave limada y unos alambres rígidos, curvados convenientemente. Ese modo era entrar.

Entramos.

Al pisar el oscuro suelo entre tinieblas, el frío se hizo más perceptible e intenso. Era como cruzar la frontera misma de la vida. Como penetrar en el mundo de los muertos.

CAPITULO VIII

El soplo helado nos rozaba con sus invisibles alas de terror. Pero Enid era una muchacha increíblemente valerosa. Lo soportó bien, aunque aferrando mi mano con energía, sus nervios evidentemente tan tensos como los míos. Una especie de calambre común nos sacudía, electrizante, la espina dorsal, alcanzando nuestras nucas. Sentí mis cabellos casi erizados. Y eso que ya no sabía siquiera lo que era el miedo. Aquella noche terrorífica en Dolan Manor, me había curado de iodo sentimiento de temor.

—Enid... —susurré—. Valor, amiga mía.

—Lo tengo —musitó ella—. Vamos allá...

Nos internamos en las sombras gélidas, tan frías y estremecedoras como las de una catacumba o una cripta. En seguida supe que no estábamos solos.

«Algo» nos acompañaba allí dentro. Algo... o «alguien».

Se podía intuir, presentir. Y hasta notar su roce glacial y viscoso sobre nuestra piel. Enid no dijo nada, o tampoco. Pero estaba seguro de que ambos poseíamos suficiente sensibilidad como para captarlo, para notar su contacto escalofriante. Era igual que entrar en relación con cosas que no eran de este mundo.

Probé un interruptor eléctrico, tanteando a ambos lados de la puerta, una vez cruzada ésta. Todo inútil. No había luz. O no existían bombillas dentro, o se había interrumpido en esa zona de la casa el fluido eléctrico.

Prendí un fósforo cuando estaba en medio del recinto. La débil llama apenas si siluetó muros con estanterías, libros, muebles pesados, antiguos y oscuros. Y un candelabro con dos velas, sobre un mueble.

Lo encendí. Las dos llamas se elevaron, amarillas, en la oscuridad tétrica del lugar. Hubiera jurado que hasta las sombras que se agitaban en los muros poseían vida propia.

Desde los muros que alumbró el resplandor amarillento, carátulas extrañas y siniestras nos contemplaron, en un luego de luz y sombra realmente alucinante. Eran máscaras de remotos países. Yo las conocía. Había Visto muchas parecidas en excavaciones e investigaciones en remotos pueblos en ruinas. Símbolos del Mal y de los poderes diabólicos. Desde Mesopotamia hasta el antiguo imperio incaico o los restos mayas. Rostros horrendos y malignos, como representación de todo lo infernal y maligno.

Y en medio de la estancia, sobre un atril de vieja madera carcomida, un libro abierto, con negras tapas. Podía ser una Biblia antigua, pero no lo era, lo supe en seguida. Era todo lo contrario. El libro de la alquimia, de lo oculto, de lo desconocido. Los secretos de las tinieblas. El poder del Mal, hecho viejas páginas apergaminadas, con ritos y textos indescifrables, en viejas lenguas tan antiguas como el hombre, como Dios, como el Diablo.

—Dios mío... —murmuré entre dientes—. ¿Era «esto» lo que tío Barnaby profesaba en los últimos años de su vida? ¿Se arrepintió demasiado tarde,

cuando se sentía morir, y por eso nos llamó a su lado, hablando del Bien y del Mal?

—¿Es... es...? —susurró Enid, estremecida, señalando el libro en el atril.

—Sí —asentí, entendiendo su incompleta pregunta—. Es lo que imaginas. Tío Barnaby eligió un camino. No sé si equivocado o no. Se encerró en una filosofía peligrosa y terrible. Mira el suelo...

Ella miró temblorosa. Las inscripciones, círculos y signos cabalísticos hablaban de satanismos, de ritos al Señor de las Tinieblas, de una vida dedicada al servicio del Mal. Su hijastro Walter tuvo razón. Su padre le daba miedo. Había motivos para ello. Ya no era el mismo Barnaby Dolan de siempre. Era un hombre de poderes adquiridos por su contacto con fuerzas ocultas y maléficas. Tal vez su mente se hizo poderosa e implacable bajo esa influencia perversa y desconocida.

—Ojalá se arrepintiese a tiempo... —murmuré—. Si no ahora, cuando entre en la eternidad, puede ser un horrible tormento sin fin... Pero lo que no pudo evitar, en ningún caso, es el mal que dejó suelto aquí, los poderes que convirtió en energía asesina...

A la luz de las velas, en aquel ámbito espeluznante y sórdido, recorrimos cada punto de la estancia, comprobando que todos los libros eran viejas ediciones de obras prohibidas, de temas ocultos, de materias diabólicas. Un vaho intangible de horror y de fría angustia parecía desprenderse de ellos al simple roce de mis dedos. A veces tenía que girar la cabeza, para estar seguro de que una mano helada no me rozaba la nuca, intentando arrastrarme a unas tinieblas profundas y sin fin.

—Vámonos de aquí —dije finalmente, estremeciéndome—. Creo que es lo mejor que puede hacerse. Ya sé la clase de poder que tío Barnaby incubó en su mente y en su persona, para proyectarlo después, una vez muerto, a las personas que más odiaba, a todo el que maldijese su persona y su existencia...

Enid asintió, trémula. Parecía estar sufriendo una prueba demasiado dura para ella. Nunca la vi tan aterrada, tan frágil, tan pálida y sobrecogida como en estos momentos en que ambos, con nuestras manos cogidas, llevando yo en mi diestra el candelabro con las velas encendidas, caminamos hacia la salida de la cámara maldita.

—Tengo un presentimiento... —susurré de pronto, cerca ya del umbral.

—¿Qué clase de presentimiento, Jeff? —murmuró ella, mirándome.

—Tío Barnaby deseaba destruir a algunos seres desde el Más Allá, pero... pero no creo que esa fuerza liberada por él, tras su pacto con los poderes infernales, pueda actuar por sí sola, una vez muerto él.

—¿Qué quieres decir, Jeff? —se sorprendió Enid, con gesto perplejo.

—Que necesitaba a «alguien»... Un médium, un conductor, un receptor de su energía, o como quieras llamarle... Alguien de esta casa, Enid, está recibiendo las ondas de energía liberadas por la mente y el espíritu de Barnaby Dolan esta madrugada, para, a su vez, transmitirlas en todo su poder devastador hacia la persona elegida en cada momento.

—¿Quieres decir... quieres decir que hay una persona, entre nosotros, que es quien provoca la muerte y el terror?

—Sí, Enid. Uno de nosotros, voluntaria o involuntariamente, es el fiel servidor de la voluntad de mi tío. El dejó aquí una fuerza que por sí sola no podía actuar, a menos que un ser humano la catalizase, enviándola contra los demás... Pero ¿«quién», de entre todos nosotros, es el siervo consciente o inconsciente de los poderes satánicos de un hombre muerto? ¿«Quién», Enid?

Ella me miraba sobrecogida, lívida, con los ojos muy abiertos, como en trance ante la espantosa posibilidad que yo le sugería. Y de repente, antes de que ella pudiera darme alguna respuesta, en algún lugar de la maldita casa estalló de nuevo el horror y la tragedia...

* * *

Fue un alarido terrible, estremecedor, que nos dejó virtualmente helados, rígidos. El rostro de Enid era en estos momentos una auténtica máscara de horror.

—¡Vamos! —grité roncamente—. ¡Algo sucede otra vez!

Tomé a Enid de una mano, tirando de ella casi violentamente, para arrancarla de aquel lugar gélido, de aquella especie de trance o tensión suprema en que se hallaba, y corrimos en dirección al lugar donde sonara el alarido, y desde el cual llagaban ahora otros gritos, voces asustadas, junto con un extraño y alucinante ruido de crujidos escalofriantes, cuya naturaleza me causaba auténtico pavor, aun sin saber de qué se podía tratar exactamente...

Cuando llegamos al gran vestíbulo de la casa, el dantesco espectáculo se nos presentó en toda su aterradora intensidad, en toda su virulenta y sangrienta expresión demoníaca.

La víctima, esta vez, era Abigail Dolan. La hijastra egoísta y dura de Barnaby Dolan, la muchacha que sólo deseaba el dinero de su padrastro para huir de allí despavorida, sin una sola frase de dolor por la muerte del viejo millonario.

Su aspecto me sobrecogió. Todos los demás contemplaban aquel horror sin poder dar crédito a sus ojos, sin comprender de dónde y en qué forma podía desencadenarse sobre un ser humano aquella espantosa energía asesina, aquel poder tenebroso e invisible, capaz de triturar máquinas y cuerpos con su fuerza devastadora e infernal...

Abigail Dolan era ahora mismo un repugnante, espantoso amasijo sanguinolento, mientras ante nuestros ojos desorbitados su cuerpo joven y vigoroso saltaba desgarrado, sus ojos colgaban de sus cuencas vacías, como dos globos repugnantes, y su piel restallaba, sobre los huesos, abriendo huecos sangrientos en todo su cuerpo, medio abatido ya, encima de un charco de roja y espesa sangre...

Enid chilló, angustiada, se cubrió los ojos y cayó a mis pies, desvanecida ante tan espantosa visión. Yo, insensiblemente, vacilé, la miré con ojos

estúpidos, luego la alcé entre mis brazos y la llevé hasta Jasper Yates, uno de los aturdidos testigos de aquel horror, depositando su joven cuerpo en los brazos del jardinero. Sin perder tiempo corrí hacia Sharon, mi mujer, que chillaba y sollozaba, en pleno ataque de histeria, y ante su sorpresa y alivio la acogí contra mi pecho, rodeándola protector con mis brazos.

No importaba lo que sucediera entre nosotros, fuese cual fuese la situación actual de nuestro fallido matrimonio, para que, llegado el momento de necesidad, ella encontrase mi apoyo y protección. Era su esposo, y tenía que hacerlo, aunque ya no hubiese amor entre nosotros...

—Dios mío... —oí jadear al doctor Bryce, mortalmente pálido, encogido en un rincón—. Miren... Ya no existe..., ni siquiera parece haber sido alguna vez un ser humano, una mujer joven y hasta atractiva...

Era cierto. El aspecto de Abigail Dolan, tendida en el suelo sobre su propia sangre, era la más espantosa masa informe de huesos, piel rota, mutilaciones y destrozos que una persona puede ver a lo largo de su existencia.

Y todo porque una mente, antes de la muerte definitiva, había liberado su propio poder para desencadenarlo implacablemente sobre los que odiaba, sobre los que nunca le habían querido y estaban allí por simple egoísmo...

—Jeff... Oh, Jeff... —jadeaba junto a mí Sharon, con voz ronca, quebrada, casi irreconocible—. Tengo miedo, mucho miedo... Vámonos de aquí. .Por favor, Jeff, no me importa nada el dinero, ese maldito dinero... Vámonos antes de que sea demasiado tarde. No soportaría... no soportaría verte a ti... como a todos los demás que hemos visto...

—Sharon, cálmate —la tranquilicé—. Vi a tío Barnaby antes de morir. El me quería. Su poder no me destruirá a mí. Estoy seguro...

—No, Jeff... No puedes estar seguro de nada. Ese poder, «eso»... lo que sea, lo que destruye implacable, ferozmente... es una fuerza maléfica. Y el Mal no puede liberarse, no puede dejársele vagar por ahí, destruyendo, creciendo, agigantándose..., porque termina por ser el más fuerte y destruirlo todo, aniquilarlo todo...

Ella tal vez tenía razón. Por un momento, un ramalazo de terror me invadió. Una sensación de angustia total se apoderó de mí.

Sharon podía tener mucha más razón de lo que parecía. Porque yo ahora sabía, o creía saber, que había «alguien» entre nosotros como vehículo transmisor de ese poder llegado desde las sombras de lo desconocido... ¿Y si la propia fuerza maligna de la persona que actuaba como intermediaria entre la mente de un muerto y los seres vivos se sobreponía a todo, y hacía de esa energía mortal vehículo de su propia maldad desatada por el fenómeno psíquico?

—Sharon, puedes estar en lo cierto —murmuró en voz alta. Los demás se miraron, angustiados—. Yo creo saber lo que sucede... Tío Barnaby desencadenó una fuerza que él ya no puede controlar ahora, desde donde se encuentra, flotando entre esa margen ignota entre la vida y la muerte... Y esa fuerza fue transmitida a alguien capaz de desencadenarla luego, de

potenciarla, de «dirigirla» sobre determinadas personas... Todos aquí peligramos. Todos podemos ser la próxima víctima... Sharon, tienes razón. Tú y yo... nos vamos.

—¿Cuándo, Jeff? —se interesó McVane, acercándose a mí.

—Ahora.

—¿En este mismo momento? —dudó Sybil, que sollozaba ahogadamente tras la muerte espantosa de Abigail.

—Sí.

—No os dejarán. Esa... esa «cosa» lo impedirá de nuevo —terció Clark Renwick, asustado, trémulo.

—Lo veremos —dije con energía, dispuesto a jugármelo todo a una carta —. Todos vosotros sois demasiado cobardes o demasiado ambiciosos para imitarme. Allá vosotros y lo que aquí suceda en las horas siguientes. Sharon y yo nos marchamos.

—Sí, Jeff, querido... Gracias... por entenderlo... —musitó ella a mi oído, y sentí temblar su cuerpo—. Vámonos ya. No deseo un solo penique de tu tío Barnaby...

Era increíble oírle hablar así. Estaba realmente aterrada. Temía por ella. Y lo que era aún más sorprendente, dado su modo de ser, estaba dándome cuenta de que también temía ahora «por mí».

Mientras caminábamos lentamente hacia la puerta de salida, ella me miraba de reojo, como temiendo que en cualquier momento pudiera empezar a reventar mi cuerpo, triturado por aquel poder infernal.

De momento no sucedía nada en absoluto. No sentía sobre mi persona influjo alguno. Era como si algo intangible me dijera que podía intentarlo, que una fuerza se estaba interponiendo entre la energía mortal y mi persona...

—Piénselo bien, Dolan —me llegó la voz del abogado Taylor—. Cuando salga de esta casa ya no habrá remedio. Habrá perdido todos sus derechos... a cambio de no combatir ningún riesgo. Ya vio lo que sucedía con el automóvil...

—Está decidido, Taylor —respondí gravemente—. No me volveré atrás ya. Adiós a todos. Ojalá todo termine bien...

Abrí la puerta, ante la mirada de terror de Jasper Yates y de Laura Hobson. En brazos del jardinero, Enid abrió los ojos, empezando a recuperarse. Me miró, aturdida, torpe aún, sin entender sin duda lo que sucedía.

—Jeff... ¿adónde vas? —preguntó al fin, débilmente.

—Fuera de aquí. Lejos de esta casa, Enid —dije lentamente—. Si lo deseas, aún estás a tiempo. Vente con nosotros dos...

—No, Jeff... Me da miedo —jadeó.

—Como quieras. Pero es un error quedarse entre estos muros, ahora lo sé.

—¡Jeff! —Gimió Enid Forrester—. ¿Y si... y si te ocurre algo ahí afuera... o le sucede a tu mujer?

—Correremos ese riesgo —dije con firmeza, pisando ya el umbral—. Adiós, Enid, si lo prefieres así.

—¡Espera! —clamó—. ¡No lo hagas! ¡No! ¡Esa fuerza, ese poder...! ¡Lo presiento, está aquí, vuelve a nosotros! ¡No, Jeff, tú no! ¡No lo desafíes!...

Los ojos de Enid se habían puesto vidriosos, su boca crispada, su bonita faz juvenil, trémula y demudada. Nos miraba fijamente, con un horror inconcebible. Noté que sus ojos se clavaban en Sharon. Y oí gemir a mi esposa:

—Jeff... —jadeó—. Algo... «algo» me roza. Es helado... se apodera de mí... Parece presionar mi cuerpo... Me duele...

—¡No! —aullé—. ¡No, Sharon, tú no! ¡Resiste, invoca a Dios! ¡Es el poder mortal, es la energía destructora! ¡Tío Barnaby, si realmente me quisiste como confesaste al morir... evita que tu fuerza maléfica nos cause daño! ¡Libra a mi esposa, líbrame a mí! ¡Tío Barnaby, sólo tú puedes hacerlo, desde el Más Allá!

Mi invocación, con voz potente y nítida, sonaba a absurda. Mis brazos aferraban a Sharon, captando las vibraciones de su cuerpo, el temblor de su piel, el extraño y repentino frío que se apoderaba de ella...

Enid Forrester, seguía mirando fijamente a Sharon, como en trance. Igual, otra vez, que momentos antes, cuando «aquello» trituró a Abigail Dolan...

Y justo en ese momento comprendí. En ese instante se abrió paso un rayo de cegadora luz en mi mente.

¡Enid!

¡Era ella el médium, la persona encargada de materializar a través de su mente el poder mental del difunto Dolan!

Y ahora estaba a punto de ejercer esa fuerza satánica sobre mi propia esposa...

CAPITULO IX

—No, Enid... —dije sordamente, avanzando hacia ella, sin soltar a mi angustiada y trémula mujer—. No lo harás... No lo permitiré. Ni yo... ni tío Barnaby... No puedes llegar a ese grado de maldad...

Todos nos escuchaban sobrecogidos. Enid me miraba ahora con odio, con una extraña luz demoníaca en sus pupilas. Ni siquiera parecía ser ella misma. Tal vez ya no lo era. Aquella energía diabólica era más poderosa que ella, más fuerte que todo...

—No te irás con ella, Jeff... —jadeó Enid—. No lo harás. Con ella no. Tienes que quedarte a mi lado... Conmigo... ¡Sharon morirá! ¡Yo lo deseo así, y envío sobre ella todo el poder de Barnaby Dolan, todas las fuerzas de las tinieblas que él invocó!

Su voz sonó como una terrible maldición entre las viejas paredes del caserón Victoriano. Yo supe que allí se jugaba todo. Que aquél era el momento supremo, donde podía vencer el Mal... o destruir para siempre la semilla nefasta sembrada por Barnaby Dolan desde las fronteras de su propia muerte.

Mentalmente pedí ayuda a Dios. Luego me concentré en mi tío Barnaby, traté de recordarle como le viera en su lecho de muerte, allá arriba, al despedirse de mí... y de Enid, su médium en el futuro...

—¡Tío Barnaby! —rugí, como si él pudiera oírme y acudir—. ¡Tío Barnaby, no puedes permitir que eso que tú liberaste nos haga daño a Sharon y a mí! ¡Yo no te odié nunca, no fui egoísta contigo! ¡Tú me querías! ¡Demuéstralo! ¡Ahora o nunca, tío Barnaby! ¡Destruye el Mal que tú mismo creaste... y sólo así descansarás eternamente en paz allí adonde ahora vas!

Hubo un silencio escalofriante. Sharon se agitaba bajo la presión de algo terrible, oscuro e invisible que iba envolviendo su cuerpo. En cualquier momento, podría ser destruida, comenzar el horrendo espectáculo sangriento...

Y entonces...

—¡Aquí estoy, sobrino! ¿Me has llamado?

Un escalofrío de horror nos sacudió a todos. Hubo gritos de supremo terror. Nuestras miradas se centraron allá arriba, en el corredor que venía de la cámara mortuoria...

¡Tío Barnaby, rígido, helado, céreo, se movía paso a paso, en dirección a la escalera, clavando sus ojos ardientes en mí!

El muerto volvía a la vida. Mi invocación le había llamado. Miré con una mezcla de horror y de esperanza aquella figura escalofriante.

—Tío Barnaby... —gemí—. Ayúdanos... por el amor de Dios. Y que El te dé la paz eterna después...

Tío Barnaby permanecía quieto, rígido, en medio del corredor. El cadáver ponía una nota espeluznante en el lugar. Su hermana Sybil rodaba con el

suelo, inconsciente.

Enid había vuelto la cabeza. Miraba al difunto. El terror se reflejó en sus jóvenes ojos. La oímos murmurar, frenética:

—No, no... Barnaby... tú... tú me elegiste... Yo sólo cumplo tus órdenes... No puedes interponerte ahora... No lo permitiré... Sólo sí me destruyes podrás vencerme. Y yo impediré que ello ocurra...

El muerto viviente la miraba ahora con aquellos ojos suyos que contemplaban desde el más Allá, desde las sombras de la frontera de la Muerte, del Silencio, de la Sombra...

Y de pronto, para horror de todos nosotros, sucedió.

Enid Forrester, la dulce y bella Enid, convertida en conducto del Mal asesino, lanzó un grito agudo, terrible, delirante.

Y, ante todos nosotros, su cuerpo comenzó a rasgarse a chirriar, a descomponerse, a cubrirse de sangre. Los huesos chascaban, la piel reventaba como si fuese un globo pinchado, y su rostro, antes hermoso y seductor, se tornaba un amasijo de sanguinolentas facciones rotas y desfiguradas por la mano invisible del Mal.

Se desplomó ante nuestros ojos, convertida en simples jirones humanos. Al terminar el horror, en medio del espantoso silencio producido, mi tío Barnaby Dolan vaciló. Se tambaleó el cadáver erguido.

—Ya está... todo... consumado... —silabearon sus labios yertos y helados —. Adiós... para siempre. El Mal... fue vencido. Nunca debí... liberarlo.

Y cayó pesadamente al suelo. Sabía yo que esta vez era para siempre. Ya nunca más se levantaría. Había vuelto de esa zona entre la vida y la muerte, para terminar con su propia obra diabólica.

—Vamos, Sharon —murmuré apretando contra mí a Sharon—. No importa cual haya sido nuestra vida hasta ahora. Todavía hay cosas que se pueden edificar de nuevo...

—Sí, Jeff... Vamos. Nunca como esta madrugada he comprendido cómo podía amarte aún... y desear tu salvación... —sollozó mi esposa—. He sido dura, egoísta, incomprensiva...

—Los dos lo hemos sido, Sharon. Pero podemos intentarlo de nuevo.

—Lo intentaremos, Jeff... Perdona, olvida mis errores pasados... y tratemos de salvar aún nuestras vidas. Será otra Sharon la que conozcas desde hoy, te lo juro...

Yo sabía que era así. La abracé contra mí, caminando hacia el exterior. Sabía que esta vez ya no iba a suceder nada. Para nosotros, la madrugada trágica de Barnaby Dolan acababa de terminar.

—Dolan, quédese —me llamó el abogado Taylor—. Ya no hay nada que temer...

—No, gracias —rechace—. Ya no. Está decidido. Adiós a todos...

Dejamos atrás el edificio Victoriano. Echamos a andar en la madrugada. Respiramos el aire frío y húmedo. Sharon se apretaba a mí con una fuerza y devoción que ya había olvidado.

No ocurrió nada. Nunca ocurriría ya nada. Podíamos elegir nuestro camino. Y eso es lo que estábamos haciendo...

FIN